

Ocupación diacrónica del área arqueológica de Morería (Mérida)



MIGUEL ALBA CALZADO
Director de la excavación de Morería

INTRODUCCIÓN

Entre la diversidad de trabajos que en 1995 y 1996 lleva a cabo el Consorcio de la Ciudad Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida, organismo sucesor del Patronato de la Ciudad Monumental, destaca la excavación de la Área Arqueológica de Morería por diversas razones, la más evidente es la magnitud de la zona intervenida: 12.000 m.² de suelo urbano¹ con interés arqueológico de primer orden, circunstancia en sí misma excepcional² en el panorama de la Arqueología urbana Peninsular.

En un futuro relativamente próximo, el proyecto culminará con su puesta en valor y adecuación de los restos para incorporarlos a los circuitos de monumentos visitables de la ciudad, bajo una nueva concepción³ que considera Mérida como un único yacimiento, un todo en el que Morería es una porción arqueológica más del entramado histórico urbano. Desde esta perspectiva el proyecto forma parte de un plan más ambicioso que tiene el propó-

sito de recuperar conjuntos "histórico-funcionales" representativos de las Méridas del pasado. Con respecto al urbanismo antiguo y su evolución se prevé a más largo plazo crear un corredor abierto al público que conecte Morería con las áreas arqueológicas de la Alcazaba y de los solares conocidos como Huerta de Otero, Atarazanas y Corral de los Mosquera (Fig. 1) articulando así los restos arqueológicos de la mayor parte de la fachada ribereña.

La realización del proyecto se está llevando a cabo gracias a la colaboración de instituciones como la Junta de Extremadura⁴ y el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo con el citado Consorcio; colaboración en la que también participan la Diputación Provincial y la Alcaldía de Mérida. La ejecución material ha corrido a cargo desde el año 92 de la empresa constructora Ferrovial, S. A., incorporando a su plantilla el equipo arqueológico que le transfirió la Junta de Extremadura; equipo técnico que en

1 Hojas del parcelario 00117-01-37/2191S/3101S-00N

2 La singularidad viene subrayada por la capitalidad de Mérida y la situación tan céntrica de la AAM, a tan sólo 130 metros de la Plaza de España (Mayor).

3 Bajo una óptica global e integradora, Mérida deja de ser una suma de yacimientos independientes en la que operaban diversos equipos de excavación inconexos, labor que correspondió al Dr. Pedro Mateos.

4 El proyecto se gestó con la colaboración de la Consejería de Cultura y la Consejería de Obras Públicas, a cuyos responsa-

bles, hasta el año 95, D. Antonio Ventura, como Consejero, y su predecesor D. Jaime Naranjo, y D. J. María Soriano, como Director General de Patrimonio, y D. Eugenio Álvarez, como Consejero de Obras Públicas, agradecemos el apoyo prestado al equipo de arqueólogos para el normal desarrollo de los trabajos, así como en la actualidad a quienes respaldan la continuidad del proyecto, Dra. Aurora Ruiz Mateos, Directora General de Cultura y Patrimonio, y la Dra. María del Mar Lozano Bartolozzi, Directora del Consorcio de la Ciudad Monumental Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida.

1995 y primera mitad de 1996 formó parte operativamente del citado Consorcio y nuevamente pertenece a la Dirección General de Patrimonio hasta la terminación del proyecto arqueológico.

En cuanto al contenido, el solar de Moreería ofrece una valiosa síntesis de lo que ha sido el poblamiento de Mérida a lo largo de sus más de dos mil años de existencia, con el interés añadido de proporcionar evidencias de ocupaciones precedentes que nos remiten a la Edad del Cobre, del Bronce e inclusive, mucho más atrás, al Paleolítico.

La gran extensión de terreno de intervención arqueológica, unido a su ubicación clave en la margen derecha del Guadiana, lo convierten en una de las zonas arqueológicas más relevantes de la ciudad para la comprensión del urbanismo y la arquitectura civil romana y su posterior evolución en Época Visigoda, Islámica, Medieval Cristiana, Moderna, hasta llegar a nuestros días.

Entre las diversas aportaciones de Morería hay que poner de relieve la densa secuencia cultural que proporciona para la reconstrucción histórica de los llamados "Siglos Oscuros" a través de un discurso diacrónico jalonado por sucesivas fases de ocupación, reformas, destrucción, abandono y recuperación desde la etapa más temprana, fundacional romana, al barrio de "arquitectura popular" en que se había convertido en la Contemporaneidad. La lectura que se desprende de los restos arqueológicos ayudarán a matizar aspectos que ya se conocían por las fuentes escritas, a complementarlas y, en el mejor de los casos, a llenar el vacío en las fases en que las referencias escritas son escasas o inexistentes.

En cuanto a una valoración más tangible del interés de los restos exhumados destacaremos el buen estado de conservación de las estructuras que ocupan las casi dos hectáreas que posee el solar en conexión directa con las viviendas, calzadas y la muralla fundacional que aparecieron en el recinto del Conventual Santiaguista ampliando con todo ello el *valor de conjunto* en el que actúan de nexos

de los monumentos más representativos de la ciudad: el Puente Romano y la Alcazaba Islámica.

Esta porción de Mérida nos devuelve al pasado mediante los efectos que retuvo de los principales acontecimientos Históricos que afectaron a la ciudad pero, al mismo tiempo, nos aproxima a la *vida cotidiana* de los pobladores en diferentes fases históricas, estrechamente vinculadas al contexto histórico y cultural de un territorio mucho más amplio que recibiría distintos nombres en el pasado: Lusitania, reino Aftasí de Batalyab, provincia de Extremadura, etc. y dentro de las diferentes realidades supraterritoriales de las que formó parte: Roma, reino Visigodo de Hispania, Al-Andalus, Reino Leonés, Castilla, etc.

Respecto a otras zonas de Mérida en Morería han intervenido varias circunstancias determinantes que explican su desarrollo temporal y buen estado de conservación. Por un lado la topografía accidentada a causa del aterramiento fluvial condicionó la adopción de unas determinadas respuestas constructivas urbanísticas y domésticas. La edificación sobre un plano inclinado ha propiciado el depósito de rellenos, niveles de destrucción, vertidos, etc. que han ido modelando y atenuando la pendiente hasta el río favoreciendo la conservación de los restos romanos y los de épocas posteriores. Gracias a ello contamos en las zonas más bajas del área excavada con muros de entre dos y cuatro metros de alzado con presencia de elementos constructivos que excepcionalmente han llegado a nuestros días, como los arranques de las ventanas y de algún arco que cerraba los accesos. La recuperación de los niveles de suelo doméstico y del empedrado de las calzadas unida al alzado considerable de los muros y prácticamente a la integridad de las estructuras subterráneas: cloacas, pozos, aljibe, piscinas harán los restos arqueológicos fácilmente comprensibles y sugerentes para el gran público.

Por otra parte el hecho de hallarse en las proximidades del puente, en el eje más transitado de la

urbe por ser paso obligado de viajeros y mercancías procedentes del Sur, propició la persistencia en la ocupación de la zona. En época romana esta preferencia se manifiesta mediante la edificación de viviendas medias y grandes *domus* que prestigiaron esta parte de la ciudad. En época islámica a las ventajas derivadas de la comunicación por el Puente hay que sumar como foco de atracción el amparo que le proporciona la Alcazaba y la proximidad al agua para abastecimiento doméstico.

Sin embargo, pese a las ventajas expuestas anteriormente para este área, apacible debido a su condición ribereña, sufrirá diversos momentos de ocupación y abandono desde que los musulmanes, en plena Edad Media, destruyeron la muralla romana. Sin el cerco defensivo el solar pone de manifiesto su situación periférica expuesto no tanto a las crecidas imprevisibles del Guadiana como a posibles ataques, por lo que deja de ser un lugar idóneo y seguro para vivir. Por esta razón desde el s. X Morería actúa como un indicador demográfico acusando, probablemente más que otras partes de Mérida, los momentos de crecimiento o de regresión poblacional sensible a los cambios impuestos por los acontecimientos históricos.

Las páginas siguientes ofrecen una somera noticia acerca de los restos exhumados poniendo de relieve lo que Morería viene a sumar al rico patrimonio emeritense. Los datos deben considerarse provisionales dado que la excavación sigue su curso –todavía resta un 35% de superficie por excavar⁵; trabajos que, no obstante, se realizan de forma continuada– y queda por abordar con detenimiento el estudio de materiales, aspecto que se está atendiendo en una primera fase que abarca limpieza,

clasificación y almacenaje para en un futuro inmediato pasar al trabajo de gabinete. Por ello se comprenderá que no se ofrezcan cronologías precisas y se recurra más a explicar los "durante" que a especificar fechas que acierten con el origen de cada estructura, moviéndonos en bandas temporales amplias, con las etapas históricas como principal marco de referencia.

Las conclusiones que se irán vertiendo responden más a la lectura estratigráfica que al análisis de los materiales, aunque obviamente van imbrincados en el proceso de interpretación que simultáneamente se produce en el transcurso del trabajo de campo. Para ello ha sido de inestimable ayuda el llamado "sistema de registro Harris" que ya demostrase su eficacia por vez primera en Mérida en 1990 en los trabajos de la iglesia de Santa Eulalia⁶. Hasta tiempos relativamente próximos se tendía a considerar –por ejemplo– los edificios romanos como un todo unitario, coetáneo, cuya interpretación cronológica se realizaba a partir de la identificación tipológica de los pavimentos musivos, las decoraciones pictóricas o los materiales que hubiesen quedado en el momento del abandono. Con el sistema de lectura estratigráfico propuesto por Harris⁷, su versión aplicada por los arquitectos-arqueólogos italianos (como R. Parenti y G. P. Brogiolo) a los edificios y las experiencias acumuladas por el DACH⁸ (equipo dirigido por Luis Caballero Zoreda), se ponen de manifiesto las ventajas de una nueva forma de ver, de analizar. Tras ese "aprender a ver", las viviendas se descubren como síntesis de un proceso constructivo y, como tal, susceptible a los cambios, a las reformas, a las ampliaciones, restauraciones, subdivisiones, repliegues, reconstrucciones,

5 Previsiblemente, los trabajos concluirán a finales de 1998, momento en que se redactará la memoria y se abordará la musealización del área arqueológica.

6 Luis Caballero Zoreda y Pedro Mateos Cruz. "Excavaciones en Santa Eulalia de Mérida", *Extremadura Arqueológica* II, pp. 525-546. Equipo de lectura de estructuras integrado por los

directores de la excavación, Luis Caballero y Pedro Mateos, y Margarita Fernández, Santiago Feijoo y Miguel Alba.

7 Harris, E. C.: *Principios de estratigrafía arqueológica*. Editorial Crítica. Barcelona, 1991.

8 DACH: Documentación y Análisis de Construcciones Históricas.

abandonos, reutilizaciones, etc. con unas secuencias que pueden ser muy dispares en dos edificios vecinos y coetáneos. Cada espacio doméstico posee su propia evolución. La suma de todos esos cambios en cada vivienda, por un lado, y por otro la relación sincrónica de cada casa con las viviendas aledañas nos revela la evolución de una manzana, en tanto que la explicación diacrónica del conjunto de manzanas y su entidad mayor "los barrios", nos lleva a la historia de la ciudad que, al igual que en cualquier urbe de nuestros días, es una realidad viva, dinámica y, por consiguiente, mutable. Cambios lentos o acelerados, puntuales o colectivos, acaso imperceptibles en cortos espacios de tiempo pero siempre constantes, de ahí que, pese a la apariencia de continuísmo con que los vamos asimilando en la cotidianeidad, se necesita cierta perspectiva temporal para reconocerlos. Pero a veces el curso de los acontecimientos precipita las transformaciones del paisaje urbano (baste remitirnos a la Mérida de los últimos treinta años, tras el desarrollismo de los años sesenta y el nombramiento de capital autonómica de los ochenta).

Al arqueólogo le corresponde documentar esos cambios condicionado por múltiples limitaciones; entre las más usuales cabe reseñar que la observación se centra básicamente en el subsuelo lo que supone un mejor conocimiento de las actividades verticales, de las subestructuras, que de los alzados de los edificios. Los datos componen la síntesis de una sucesión de realidades pasadas cuyo legado es siempre parcial, cuando no son sencillamente indicios de lo que fue o hubo, pero inclusive el arrasamiento o la desaparición de restos constructivos es un dato valioso en sí mismo. Además, la observación se reduce a unos determinados m² que en arqueología urbana suelen corresponder con la extensión de un solar edificable tras el derribo de la vivienda tradi-

cional que la ocupaba. Todas estas limitaciones de una realidad fragmentada, reducida y casi siempre superpuesta quedan compensadas, entre otras razones, por la gran extensión del solar de Morería.

A un marco físico amplio se han sumado las ventajas del sistema de excavación ya mencionado mediante el registro Harris con el que se han documentado con igual rigor desde la etapa Contemporánea a la fase fundacional romana. Cada capa de tierra, superficie, muro, vano, zanja, relleno, silo, etc. posee un número de identificación, una ficha de registro; en el momento de redactar estas líneas el número de elementos recopilados se halla próximo a las 10.000 unidades. A partir de esos datos se han esbozado las primeras conclusiones diacrónicas que se ofrecen a continuación. No obstante, tampoco el sistema de registro está exento de limitaciones; probablemente la principal es que la objetividad del análisis en la relación física entre dos elementos delata qué fue antes y qué después pero no cuanto tiempo media entre uno y la aparición del siguiente; campo abierto a la interpretación y, por consiguiente, susceptible de error. Un análisis global incrementará las probabilidades de acierto, de corroborar los datos que a continuación, y de forma –insistimos– provisional, breve y panorámica se presentan en las páginas siguientes.

Del conjunto urbanístico fundacional que encierra Morería (Fig. 2) nos valdremos de una parte del solar, la manzana II, para ilustrar en el presente informe la evolución ocupacional de esta zona emeritense desde que se comenzó a edificar hace unos 2.000 años. En la misma línea, para situar un hallazgo, utilizaremos como marco espacial de referencia las manzanas romanas –numeradas del I al VI– aunque estas terminen por desaparecer con el tiempo. Se entenderá que, a tal efecto, aparezca citada la correspondiente manzana inclusive en la Prehistoria.



9 La realización de los planos que acompañan este trabajo se debe a D. Valentín Mateos (dibujante del Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida).

Los planos⁹ recogen las fases más significativas –sin detenernos aquí en detallar las subfases ni en hacer referencia a los paralelos pertinentes–, con la salvedad del "vacío" de dibujos en planta de época romana en la parte izquierda de la manzana II que se debe a que la excavación se detuvo en los niveles medievales con el fin de conservar dichas estructuras y respetar los niveles de suelo originales.

Por último, se acompaña una breve relación de títulos bibliográficos que aluden directa o indirecta-

mente al contenido del texto, arrojándolo. No obstante, se han omitido de forma consciente las notas al pie de página o las referencias directas a autores por dos razones, una el carácter de noticia, sin más pretensiones, que el informe posee, la siguiente es para subrayar el hecho de que la construcción del contenido se hace a partir de la deducción de la lectura estratigráfica de Morería sin buscar aquí discrepar o afiliarse a lo que hayan apuntado otros autores para Mérida u otros sitios.

-I-

**INDICIOS ARQUEOLÓGICOS
PRECEDENTES
A LA FUNDACIÓN
DE LA COLONIA ROMANA**

Una de las novedades más sobresalientes que ofrece el solar de Morería son los vestigios de poblamientos prehistóricos inéditos hasta el momento en la superficie que ocupa la urbe antigua. Pese a la importante transformación del solar en época augustea para adecuar la pendiente natural del terreno a las necesidades constructivas con importantes movimientos de tierra y rebajes de la roca con el fin de crear planos aterrazados sobre los que construir las viviendas, quedaron algunos puntos intactos sellados por los pavimentos domésticos.

Los indicios más antiguos son un conjunto de núcleos cuarcíticos y lascas adscritos al Paleolítico Inferior. Los guijarros, envueltos en un estrato de arcilla ferruginosa, parecen señalar un lugar de trabajo, previsiblemente ocasional, donde se llevó a efecto la talla por percusión del utillaje lítico (manzana V).

Desconocemos si se trata de un cazadero o si dichos restos son testimonio de un lugar de asentamiento más estable, pero, en cualquier caso, tienen el interés de indicar en la zona una presencia humana redundante desde tiempos remotos, favorecida entre otras razones por la riqueza de las vegas –primero cinegética y por último, miles de años

después, agropecuaria– y la posibilidad de un vado en las cercanías en un tramo del curso fluvial caracterizado por ser ancho y de aguas poco profundas. Quizá también esas circunstancias expliquen los hallazgos dispersos (manzana V) de algún utillaje lítico pulimentado (hacha, azuela, molineta...), lascas de sílex y de cerámicas reductoras elaboradas a mano asociados a la etapa Calcolítica (formas carenadas y exentas de decoración) aunque estos artefactos descontextualizados parecen haber sido llevados hasta Morería por acarrero de tierras procedentes de otros puntos de Mérida para nivelar y recrecer los suelos, levantar tapias, etc. en fases post-romanas.

En cambio, en contextos no alterados, fueron hallados en la cabecera del solar (manzana I) un grupo de cerámicas elaboradas a mano, lisas y decoradas, que ocupaban los fondos de dos silos excavados parcialmente en la roca –en las proximidades se localizó un tercero de contenido estéril–; estructuras que permiten hablar, al menos, de un fondo de cabaña y por consiguiente de un asentamiento estable en la Edad del Bronce en el solar emeritense. Remitimos al trabajo de "Los silos de Morería (Mérida) y otros datos sobre el tránsito del

Bronce Final a la Edad del Hierro en la provincia de Badajoz", en esta misma publicación.

En cuanto a la Edad del Hierro, ninguna prueba hasta el presente permite llenar este vacío. Únicamente contamos con algunos fragmentos cerámicos pintados asociados a los contextos más antiguos

coetáneos a la fundación de la ciudad; indicios tan débiles que más que apuntar hacia un asentamiento castreño sugieren contactos comerciales con los lusitanos o la asimilación por parte de los alfareros romanos locales de algunos rasgos cerámicos autóctonos.

-II-

ÉPOCA ROMANA

Las pruebas documentadas apuntan hacia un urbanismo de nueva creación correspondiente a la Época Augústea. Un proyecto, siguiendo la regularidad del trazado ortogonal, que atendió prioritariamente a las obras de infraestructura en torno a las manzanas en construcción o aún sin edificar. A esta fase de fundación (Fig. 3) pertenecen las vías surcadas por las cloacas, la muralla con sus respectivos accesos, un paso de ronda que media entre las viviendas y la cerca defensiva y las primeras domus de planta única con pórticos exteriores para uso público.

La muralla augústea, con un tramo de unos doscientos metros, atraviesa longitudinalmente el solar en paralelo al río con un punto de inflexión que retrotrae su trazado abriéndose en un acceso de mayor entidad donde actualmente se ubica la rotonda del puente de Lusitania.

El lienzo defensivo comunica al exterior mediante varios portillos o accesos menores separados entre sí por 82 m. (hay un total de tres) flanqueados por la entrada principal del puente y por otra, como se ha dicho, de mayores proporciones que los portillos restantes emplazada en el comienzo de la calle Almendralejo, de un solo vano de 4m., aunque no posee la monumentalidad de aquella de doble arcada. Esta puerta puede ser el punto de partida de un segundo eje viario principal que, paralelo al *Decumanus Maximus*, comunicase el segundo foro desde que Emérita fuese distinguida

con la capitalidad de la Lusitania. Además de los cuatro vanos principales hay que considerar una planificación funcional según la categoría de los accesos: a) peatonales, b) los que permiten el paso de un carruaje y c) aquellos por los que pueden circular simultáneamente dos carros en sentido contrario. (Fig. 3)

A estos accesos van a dar las calzadas de trazado rectilíneo y notable pendiente, lo suficientemente espaciosas –cinco metros de ancho– para posibilitar el tráfico de carros en doble dirección, y paralelas entre sí, cruzadas a su vez por otra perpendicular a ellas, un *Kardo Minor*, antecesora de la actual calle Moreña, siguiendo la regularidad de un plano en retícula, hipodámico, si bien adaptado a la pendiente natural y a las remodelaciones del terreno.

Las manzanas residenciales (con una extensión de 80 x 34 m.) abarcan diferente número de viviendas con un promedio de tres *domus*, delimitadas por la muralla y por calles flanqueadas por soportales (Fig. 4). Todas las viviendas hasta ahora identificadas son domus que traslucen un estatus social alto de sus propietarios. El esquema de una vivienda tipo responde al de planta única articulada en torno a un patio central de traza cuadrangular o rectangular delimitado por corredores porticados al que van a dar todas las habitaciones de la casa. La existencia en algunas viviendas, como en las casas tercera y cuarta de las manzanas I y II respectiva-

mente, de una estancia incomunicada con el interior y con un solo acceso a la vía pública puede interpretarse como locales comerciales (*tabernae*) (fig. 5). El área de intervención contiene dos manzanas íntegras de las seis que posee el solar. Todas las viviendas son unifamiliares, sin que en ningún caso evolucionen hacia las *insulae* o pisos de vecinos. Por último, completa este conjunto una reducida zona extramuros en la que aparecieron restos de alguna construcción industrial, un área de necrópolis y un vertedero de época romano tardía.

Entre las viviendas y la muralla tenemos constancia en la manzana IV y V de un espacio destinado a calle, pavimentado con argamasa, que originalmente funcionó como paso de ronda, pero que tiende a ser ocupado paulatinamente por las casas hasta hacerlo desaparecer en fase Alto Imperial. Los cambios serán continuos en el ámbito doméstico afectando y transformando el urbanismo inicial. El espacio porticado para el tránsito de peatones y el enlosado de las calzadas, pertenecientes en su origen a época Alto Imperial, sufrirán distintas modificaciones tendiendo a su desaparición el primero y viendo elevarse su nivel el segundo al superponerse nuevas calzadas; quizás las primeras vías empedradas se adaptaban sin tanto rigor a la rasante y sí a los accidentes naturales que ocasionaba el aterrazamiento fluvial. Aterrazamiento que, como ya se ha apuntado, hubo de ser trabajado, escalonado, para poder edificar sobre él. Salvar la pendiente condicionó las obras de infraestructura y ambas, a su vez, a las viviendas. Esta circunstancia física será la que marque el desarrollo del urbanismo que en su constante cambio por adaptarse a los condicionantes impuestos por el terreno va a desencadenar una evolución simultánea en la barriada romana. De manera que se observa cómo, parejo al recrecimiento de las calles y a la regularización de un plano horizontal del *Kardo Minor* y de atenuar la inclinación de los *decumani minor*, se dotan de nuevos suelos a las viviendas para hacerlas coincidir con el

nivel de aquéllas o, en su defecto, reducir las diferencias de nivel de los suelos de las habitaciones más próximas a la calle y de los suelos de las dependencias del fondo para con los pisos de las habitaciones de fachada, circunstancia que propició el uso de rellenos –subsuelos– excepcionalmente ricos en material arqueológico diverso que ayudará a datar las reformas.

Todas las viviendas terminarán por adosarse a la muralla. Estas remodelaciones producto de una respuesta conjunta de la arquitectura privada, vienen a sumarse a los cambios particulares operados en cada vivienda, condicionados bien por las obras de infraestructura pública o bien por las decisiones aleatorias de sus propietarios y descendientes. Lo normal en algo más de quinientos años de ocupación ininterrumpida de una zona.

La fase Bajo Imperial representa un momento de esplendor en el que algunos edificios suman un segunda planta a su estructura o aumentan el espacio de la existente, en ocasiones con amplios salones absidiados y con baños privados (Fig. 6). Al menos cinco viviendas incorporan termas lo que comporta un uso opcional al de los masificados baños públicos. El suministro abundante de agua que precisan se aseguraba mediante aljibes y pozos que en Morería se alimentan de las capas freáticas del Guadiana. La mayor parte de las viviendas dispondrá de un gran salón rematado por una cabecera absidada. Estos muros curvos, sostén de una previsible cubierta abovedada, suelen ir flanqueados en los extremos por columnas y el piso de la cabecera sobreelevado respecto al nivel del suelo del resto de la estancia (esquema de salón-comedor romano que adaptará y reproducirá durante siglos la arquitectura religiosa). Además, se produce una notable proliferación de variedad, densidad y riqueza de elementos decorativos en las partes de la casa que se desean prestigiar –por regla general, las más visibles, como son los peristilos–.

Todos los espacios porticados de la calle termi-

narán siendo privatizados y los inconvenientes derivados del empedrado irregular de las calzadas: los ruidos ocasionados principalmente por los carros, el riesgo de tropiezos, las acentuadas cuestas de las vías que van al río, lo resbaladizo para los cascos de las caballerías y para el calzado claveteado, el "traqueteo" molesto para los conductores de carros, etc..., se eliminarán con pisos de tierra batida de tipo limosa, muy compacta, cuyo uso compartirán las caballerías, los viandantes y los carros. Las calles de tierra –o de tierra y cal ocasionalmente– se irán superponiendo conforme son objeto de reformas amén de reparaciones puntuales mediante ripios que tupen los baches. Durante el siglo IV desaparecen inclusive algunas calles o parte de las viviendas las invadirán parcialmente poniéndose de manifiesto una relajación de las normas municipales. Pero detrás de este incipiente desorden urbanístico la idea que subyace es la de crecimiento, de impulso constructivo, lejos de la crisis en la que entran otras muchas ciudades del Imperio.

La primera evidencia de destrucción y abandono que afecta a todos los inmuebles se produce en el siglo V por lo que el conjunto residencial que mejor conocemos pertenece a época tardía. Durante el siglo de las invasiones Mérida es saqueada por los suevos, vándalos y alanos. El subsuelo de la zona arqueológica de Morería proporciona un interesante testimonio de aquella primera crisis que, tras ser superada, introduciría a Mérida en el Alto Medioevo.

Uno de los temas que mantiene en litigio a los investigadores sobre Mérida es si la muralla augustea se concibió con un fin defensivo (preventivo) o si pacificada la Lusitania, su misión era eminentemente ritual, propagandística, ostentatoria, etc. A favor de los primeros se pueden argumentar las dimensiones del lienzo: 12 palmos de ancho (2,85 m. medidas en Morería) y 18 codos de altura (próximo a 8 m.) según los cronistas islámicos que admirarán su fábrica –cimentada sobre roca, medidas

que ya habrían deseado para sí algunas localidades amuralladas medievales de indiscutible propósito defensivo (Vascos, Galisteo, Talavera, etc...)–. A favor de los segundos no tanto los materiales empleados, como se ha esgrimido tradicionalmente, ni la técnica de construcción como la gran cantidad de vanos abiertos que la hacían vulnerable. En el tramo que mejor se conserva en Morería se aprecian algunas reformas de difícil adscripción cronológica dentro del período romano como son la restauración de algunos desconchones del paramento externo y el añadido de una torre cuadrangular (Fig. 6) que defendería la puerta mencionada de la calle Almendralejo.

En el siglo V se trataba de hacer frente a un peligro real. Probablemente en este momento la muralla no parece ni tan segura ni tan efectiva por lo que se tapiaban o achicaban los portillos y se levanta un poderoso refuerzo tan ancho como la primera muralla, de cal y piezas de granito reutilizadas que se antepone y se adosa a la muralla fundacional. Esta segunda muralla, construida apresuradamente con material reutilizado proveniente de los monumentos y edificios de las necrópolis, viviendas y otras construcciones extramuros resulta un conglomerado de sillares, fustes, *cippae*, etc., cimentados en la roca que, no obstante, no pudo impedir el saqueo y devastación de la ciudad. Desconocemos cómo repercutió esta obra en el interior de la urbe, si se vio afectada también por el derribo de edificios o partes de éstos para hacer acopio de materiales o para levantar otras líneas auxiliares de resguardo intramuros. A un lado del *Decumanus Minor*, contra el muro de fachada de la "Casa de los mármoles" (manzana II), quedaron apartados varios tambores de granito de los utilizados para los pórticos y otras grandes piedras, que pudieran ser indicio de una barricada desmantelada.

Sin embargo la destrucción del barrio no supuso el arrasamiento del mismo. Los efectos más devastadores los provocó el fuego, no siempre aso-

ciado al derribo de peristilos, mientras que el destroz de celosías marmóreas y otros elementos de ornato siguió un patrón de conducta destructivo, habitual en los vencedores de cualquier época. Las viviendas continuaron en pie irregularmente afectadas por los incendios y abandonadas, pero todavía habrían de servir de cobijo a familias que se instalarán una vez los visigodos hayan pacificado el terri-

torio. En ese paréntesis de despoblamiento se efectuaría el enterramiento de un adulto (sepultura con cubierta de tejadillo, sin ajuar y con orientación Este-Oeste) excavado en los derrumbes y en el suelo de *opus signinum* de una habitación de la manzana V.

Morería entra en el Medievo como periferia deshabitada de un núcleo urbano disminuido.

—III—

ÉPOCA MEDIEVAL

III.1. ETAPA TARDO-ANTIGUA

Las viviendas abandonadas sufrirán el expolio de materiales marmóreos, como capiteles y columnas para reutilizarlos en otras construcciones, sin desdeñar el aprovechamiento de otros elementos de ornato como barroteras, celosías, placas, etc..., desechando las piezas más dañadas e inutilizadas, únicos restos que han llegado hasta nuestros días asociados a los contextos domésticos originales. En la llamada "Casa de los mármoles" numerosos fragmentos de planchas de mármol ancladas a la pared, o sus improntas en muros y suelos, constatan el robo —poco cuidadoso— que sufre el edificio mientras que en los pisos de *signinum* se dibujan innumerables huellas de pico —exceptuando el suelo del Pórtico Norte que fue levantado por completo—, acción que delata la rebusca, entre los escombros, de objetos de valor suntuario o sencillamente de clavos y otras piezas metálicas procedentes del armazón de las techumbres caídas.

Los edificios semiderruidos servirán de viviendas en la etapa visigoda a nuevos inquilinos que habilitan los espacios domésticos reutilizando básicamente los muros erguidos en fases anteriores y eliminando otros que les estorban, levantan paredes de mampostería con material reaprovechado ligado con tierra —prácticamente desaparece el uso de la cal—, abren puertas conectando estancias entre sí o,

por el contrario, tapián los vanos precedentes reorganizando de esta manera los circuitos de acceso a los espacios de habitación. El resultado de esta profunda transformación de cada *domus* son las "casas de vecinos" —equivalente a las tradicionales corrales— en las que varias familias comparten el patio —antiguos peristilos— y el uso comunitario de los pozos romanos (Fig. 7). El urbanismo es continuista de la etapa anterior, progresivamente alterado por la tendencia en las viviendas de nueva planta a tomar parte de las calles.

Las cocinas son semisubterráneas o a ras de suelo, con solería de ladrillo las más de las veces u otras superficies montadas con mármol o empleando éste junto con *tegulae* y ladrillo; en todos los casos van delimitadas por piedras o ladrillo canteado. Los hogares siguen una pauta diversa para su emplazamiento: arrimado a la pared próximos a una puerta, en el centro de la habitación, o contra una esquina. Pero más que la diversidad de soluciones adoptadas, las cocinas tienen el interés de indicar el número aproximado de familias que pudieron ocupar cada vivienda romana, poniéndolo en relación con las habitaciones conectadas tras picar sus muros o los vanos cerrados que aíslan unas dependencias de otras. Con todo, hay que tener en cuenta el desplazamiento de las cocinas, la superposición de las mismas o el hecho de limitarnos a conocer

las plantas bajas, ignorando si en los pisos altos, que hubiesen quedado en buen estado, se reprodujo el mismo modo de ocupación o si se dedicaron a usos auxiliares de la planta inferior. Si en todo el perímetro urbano se observa el mismo fenómeno de profusión de hogares, habrá que admitir un aumento poblacional para la Mérida –intramuros– de los siglos VI y VII, superior inclusive al de época romana.

Para las techumbres se emplea la teja plana aunque no hay que descartar el uso de cubiertas vegetales (pasto o escobones). El barrio se ruraliza, algunos espacios cerrados y reducidos sugieren un uso para albergar animales de granja y la cantidad de molinos de mano denota una economía progresivamente autárquica, en la que la moneda apenas participa y cuando aparece es de cuño romano.

Finaliza esta etapa al convertirse Morería en un solar despoblado tras el arrasamiento total de las viviendas romano-visigodas. Una amortización definitiva sin rastro de incendio en ningún caso. Las partes más bajas de las estructuras derribadas, quedaron ocultas por los propios derrumbes de mampostería, tapial y adobe. Se pone la precaución de tapar los pozos con sillares o trozos de columnas para evitar hundimientos y, a continuación, se vierte en las manzanas más próximas a la muralla gran cantidad de tierra y escombros, trayendo consigo abundante material romano mezclado de distinta cronología así como los materiales calcolíticos a los que aludimos al principio. Los depósitos sepultan los restos de los edificios derribados, circunstancia que explica la óptima observación de las ruinas de aquellas casas que se hallaban a una cota más baja; la existencia de sillares inclinados o tumbados –para que no sobresaliesen en superficie– invalida la hipótesis del reciclaje de materiales constructivos. Resulta, pues, razonable pensar en motivos táctico-estratégicos. Con el propósito de crear un cinturón despejado intramuros, una banda de seguridad del ancho de una manzana desde la que socorrer los

puntos más amenazados de la muralla, eliminando para ello los obstáculos que impidan la movilidad contraofensiva. Así pues, los edificios adosados a la muralla habrían sido destruidos por los propios emeritenses, dando opción a nuevas líneas defensivas retranqueadas y enmendando, quizás no casualmente, el error sufrido en el s.V.

Toda esta "remodelación" se habría producido durante el largo asedio de las tropas islámicas que soporta Mérida. Las fuentes relatan la negativa de entregar a Muza la ciudad, el cerco a que se ve sometida durante meses, y los diversos intentos infructuosos de tomarla. Hasta que en el 713 se pacta una rendición ventajosa que respetó las propiedades y bienes de sus habitantes.

Ocupada Mérida por los musulmanes, el ancho corredor intramuros que sirvió a la defensa no se edifica de inmediato. Sobre el plano inclinado del solar se van depositando sucesivamente finísimas capas de carbones, desperdicios domésticos y cenizas de diversas tonalidades formando un denso y multicolor estrato con una potencia superior a un metro. Este vertedero se extiende por gran parte de las manzanas I, II, III y IV, modelado en suave pendiente el trazado antiguo de la calle que baja hacia el río y el del aterramiento de las manzanas, ocultando además restos dispersos de muros que, a causa del asiento de las tierras y la erosión, despuntaban aún en superficie y colmatando algunas fosas abiertas para extraer las piedras de las paredes igualmente visibles. En relación al grosor y extensión del basurero, destaca la escasa densidad de materiales que contiene, prueba de que la deposición se efectuó en otro lugar, ladera arriba, llegando hasta aquí por arrastre lo más liviano, las cenizas de las cocinas y braseros y con mayor dificultad los materiales más pesados como las cerámicas y los huesos, del mismo modo que estos últimos están presentes, a su vez, en proporción superior a las cerámicas. El solar representa una parte de la trama urbana deshabitada, convertida

en vertedero, que pone de manifiesto una disminución de los efectivos de población motivada por las bajas producidas entre los defensores durante el asedio y sobre todo por la emigración posterior hacia zonas más seguras. Durante un paréntesis indefinido del siglo VIII Morería constituye una zona periférica totalmente despejada donde sólo se yergue la doble muralla.

En cambio, la Mérida del siglo IX es un núcleo en expansión con nuevos ensanches que, como Morería, repueblan los espacios intramuros desocupados. Bereberes, muladíes y mozárabes, que constituyen mayoritariamente la población emeritense, coinciden en desafiar las directrices impuestas desde Córdoba, causa, a la postre, del desarrollo turbulento que caracteriza la fase Emiral.

A los nuevos ocupantes del solar se deben los grandes edificios exentos, separados la mayor parte de ellos de la muralla y entre sí y la creación de un nuevo sistema de calles que no siempre se ajusta al trazado urbano romano -desfigurado progresivamente, recordemos, en época tardía y romano-visigoda- aunque parecen mantener la idea de un esquema reticular.

Estos edificios de fase Emiral, documentados hasta el momento seis en su integridad y tres de forma parcial, tienen en común la regularidad de sus plantas siguiendo un eje de simetría; plantas que en cada edificio son diferentes, pero que se estructuran mediante naves triples o únicas que prescinden de los patios. Valgan como referencia las plantas referidas de la manzana II (Fig. 8): la que se adosa a la muralla de planta rectangular de tres naves, la central más ancha, con una triple distribución de dependencias al fondo y en el plano de fachada, en tanto que el edificio vecino de planta también triple dispone de dos dependencias iguales dispuestas en el lateral, afrontadas a otras dos y un vano principal emplazado en el mismo eje de la construcción. Estos edificios, dada su singularidad, deben ponerse en relación con influencias

precedentes del mundo bizantino o las que importan los Omeyyas. Arquitectura que, en cualquier caso y dado el fuerte contraste con las casas de fase Califal que se superpondrán a éstas, parecen estar asociadas al colectivo autóctono mozárabe o al muladí incipientemente aculturizado por el mundo islámico. En este sentido resulta revelador, por ejemplo, la ausencia total de silos.

Otras características constructivas son la solidez de sus cimentaciones en algún caso de *opus africanum*, que profundizan buscando un firme seguro (que encontrarán en los niveles romanos), el empleo optativo de argamasa, pisos de ladrillos o más frecuentemente de tierra batida y para las cubiertas, teja plana de formato más pequeño, menos gruesa y de moldura con menor resalte que las romanas.

El barrio sufrirá las consecuencias de los levantamientos reincidentes del siglo IX. Las primeras revueltas, duramente reprimidas, se zanján en tiempos de Abd-Al-Rahman II (833) con la construcción de la Alcazaba a la entrada del puente, muy cerca de Morería. La doble muralla romana será privada del refuerzo de sillares con que se la dotó en época tardía probablemente para servir de cantera en la nueva obra de fortificación musulmana.

A lo largo del siglo se suceden, como en otras ciudades ocupadas, las sublevaciones al abrigo de la muralla fundacional hasta que en el 868 el emir Muhammad ordena desmantelar la ciudad como escarmiento definitivo y una gran parte de la población, junto a su obispo, la abandona para fundar una nueva ciudad: Badajoz.

La consecuencia de aquella acción de castigo quedó registrada en el solar que nos ocupa con la destrucción completa de todos los edificios -algunos por incendio- y la inutilización de la muralla augustea mediante roturas equidistantes, que llegan a la roca. Los cortes son amplios, irregulares en longitud (6'10, 11'20, 7'40), nuevos vanos que vienen a sumarse a las puertas precedentes (Fig. 9). El "agu-

jereamiento" irrumpe en algunos edificios mozárabes (o muladíes) poniendo de manifiesto la completa amortización de aquéllos.

III.2. ETAPA ISLÁMICA

Tras los tímidos intentos de recuperación en época Califal, Mérida comienza su declive que determinará su evolución menguante hasta finales de la Edad Media.

La nueva condición de extrarradio inhabilitado la vuelve a perder durante el período musulmán en los momentos finales del Emirato y de esplendor del Califato, prolongándose hasta los comienzos de la etapa Taifa. Es decir, en los siglos X y XI, contamos con un segundo momento de ocupación de época musulmana –en realidad, primero de poblamiento efectivo islámico– con cultura material bien definida y diferenciada. De forma especial el cambio se acusa en las formas cerámicas –ocasionalmente vidriadas–. Las viviendas de nueva planta poseen habitaciones pequeñas, construidas de mampostería con material de lo más heterogéneo y somera cimentación; los suelos generalmente son de tierra –en otros casos de ladrillo– y utilizan para almacenamiento de víveres silos subterráneos que se convierten en basureros al ser abandonados (Fig. 10). Contamos con más de un centenar de dichas estructuras. La muralla romana, aunque inutilizada para la defensa en el siglo anterior, sigue manteniendo una función limitadora de lo que es el perímetro urbano.

Dicha situación se mantiene hasta la etapa Taifa para sufrir un proceso de despoblamiento a lo largo del siglo XI, cuando Mérida, dada su situación fronteriza, deja de ser un enclave seguro ante el avance de los reinos cristianos.

Con los almorávides y almohades la ciudad se repliega sobre sí misma reorganizando el sistema defensivo mediante un nuevo amurallamiento –de cuyo trazado resta el tramo de la calle Obispo Mausera con la calle Almendralejo– que encierra algo

menos de una tercera parte del antiguo suelo urbano (superficie útil que se mantendrá sin grandes variaciones hasta producirse los ensanches del siglo XVI). La alcazaba, dotada ahora de torres albarrañas, queda como posición avanzada de la localidad y solares como el de Morería y la Huerta de Otero quedan convertidos por vez primera en zonas extramuros.

En la etapa previa a la reconquista el terreno de Morería, a las afueras de Mérida, es lugar de tránsito como prolongación del camino Vía de la Plata en dirección al puente romano con posibilidad de acceso previo a la urbe por la puerta que, después, en tiempo cristiano, se rebautizaría con el nombre de S. Salvador (emplazada en el arranque de la calle con el mismo nombre). En dirección a esta puerta se abre una cañada, un lugar de paso y desagüe, que atraviesa perpendicularmente las manzanas desaparecidas I y II; mediante una zanja en "V" que salva las diferencias de nivel entre el terreno más bajo y cercano al río y el alto promontorio de Morería (Fig. 10). Esta vaguada artificial, que con el tiempo iría flanqueada por sendas paredes, actuará como futuro delimitador de un área funeraria islámica (Fig. 11) hasta quedar superada por aquella en un segundo momento.

De una fase previa a la Reconquista son dos áreas de enterramiento que se extienden por las inmediaciones del puente y, en el extremo opuesto, por las antiguas manzanas I, II, III y IV y sobre la muralla romana arrasada.

Tales *maqbaras* confirman, por un lado, la situación extramuros del solar de Morería y, por otro, indican la amortización definitiva de la muralla augustea que había quedado como un cinturón extrarradio de lienzos intermitentes. Como medida preventiva es lógico que la localidad, retranqueada y disminuida, prescindiera de cualquier obstáculo que pudiera servir de cobijo y cerco a futuros atacantes. La amenaza en el suroeste peninsular de los empujes cristianos es patente desde el siglo X, aun-

que Mérida, en una posición rezagada, esté defendida por núcleos de vanguardia, como Coria, Trujillo y Cáceres, y el foso natural del río Tajo. Sin embargo diversos reveses sufridos entre las huestes cristianas (la mayor la de Zalaca- 1086) en momentos clave retrasarán la reconquista hasta el siglo XIII.

Las sepulturas superan el centenar, repitiéndose la constante de fosas estrechas excepcionalmente con pared de piedras y en algún caso cubiertas con teja curva. La posición del esqueleto es invariablemente decúbito lateral derecho con las piernas ligeramente flexionadas, los brazos opcionalmente recogidos y la cabeza orientada al Oeste con el rostro hacia el Sureste, en dirección a la Meca, su referente geográfico religioso.

III.3. ETAPA MEDIEVAL-CRISTIANA.

La fase medieval-cristiana se inicia con la conquista de la ciudad en 1230 por iniciativa del reino leonés (asunto por el que entrarán en litigio con los castellanos por la reclamación de aquéllos en el cumplimiento del pacto de Sahagún (1158)). La reconquista vendrá propiciada por la imagen emblemática de la ciudad transmitida desde la Antigüedad; sin embargo, sus ocupantes se encontrarán con un núcleo de población reducido en el que sólo algunos restos de grandes monumentos permiten reconocer el esplendor que tuvo la urbe romana.

En el territorio extremeño el fenómeno de reconquista fue básicamente protagonizado por las Ordenes Militares. La Orden Santiaguista se hará con el control de Mérida y su comarca estableciendo su acuartelamiento en la alcazaba arrebatada a los almohades. En cuanto al colectivo musulmán emeritense, por recelo a que pudieran levantarse aprovechando una contraofensiva andalusí, se determina confinarlos fuera de la cerca defensiva. Surge así el arrabal morisco, "la Morería" cuyo límite periférico mantendrá tal denominación hasta hoy. Desde la alcazaba –levantada siglos atrás para con-

trolar a la comunidad cristiana– se vigilará ahora el barrio mudéjar. Los moriscos construirán sus pequeñas viviendas –de precaria cimentación– sobre el área de enterramientos aledaña al puente, pero respetarán la *maqbara* del otro extremo del solar, cuyo topónimo "osario de los moros" se conservará hasta, al menos, principios del siglo XVI.

La sociedad emeritense formada por musulmanes, cristianos y judíos se halla lejos de ser una comunidad integradora, pero comparten el mismo régimen económico: el feudalismo. Como ya algunos autores han demostrado para otras partes de la Península, una de las características del proceso de feudalización es la ausencia de silos, hecho que se constata en cada una de las referidas casas de Morería.

La vigencia de "la Morería" no se prolongará más allá del siglo XIV. Nuevamente se produce una interrupción súbita de la vida del arrabal. A falta de acontecimientos históricos que expliquen una expulsión de la comunidad morisca, esta circunstancia hay que ponerla en relación con la proliferación de recipientes, pilas y balsas hallados con cal en todas las viviendas para el recubrimiento de paredes, suelos y jambas de puertas y ventanas debido a su propiedad desinfectante. También el de la existencia de un horno de cal que se surtió de mármoles de época romana. Pese a la multitud de depósitos de cal que se han documentado hay que señalar que en ningún momento se emplea para la construcción de muros. La cal, por consiguiente, quizá se utilizó como remedio con el que se habría intentado hacer frente a las epidemias que padecen regularmente los núcleos medievales de población debido a las precarias condiciones de salubridad, como la peste negra de 1348 que diezmó la población europea y que en Mérida acaso conozcamos a partir del testimonio de un barrio desolado.

Con aquella crisis que despuebla el arrabal y sobre los restos constructivos de las viviendas

moriscas que escapan a su aprovechamiento como cantera, comienza a acumularse lentamente un vertedero integrado básicamente por cenizas, carbones y desechos domésticos, extendiéndose por las antiguas manzanas IV, V y VI en dirección al río. Al margen de este nuevo descampado en que se con-

vierte Morería es interesante constatar la presencia abundante en el vertedero de lozas pintadas estanníferas procedente de alfares valencianos y andaluces que abastecen a la parte más occidental del reino castellano siguiendo, previsiblemente, la Vía de la Plata.

-IV-
**ÉPOCA MODERNA
Y CONTEMPORÁNEA**

Desde finales del siglo XV se producen continuos ensanches del núcleo urbano extendiéndose y superando las zonas ocupadas por los vertederos bajomedievales. Morería durante todo el siglo XVI y parte del XVII pasa a ser un activo barrio menestral con presencia mayoritaria de alfareros junto a artesanos de otros oficios: caldereros, herreros, tinajeros, vidrieros, panaderos, etc.

La calle adquiere la fisonomía que ha mantenido hasta el presente en torno al trazado quebrado de la calle Morería. Calle en la que conviven entonces cristianos y moriscos y que es denominada indistintamente de los "olleros" o de forma atávica "Morería" en recuerdo del arrabal desaparecido en el siglo XIV. Pocos topónimos del callejero emeritense son tan antiguos como éste y tan persistentes. Ni siquiera después de la expulsión definitiva de los moriscos en 1609 pierde su denominación, ni cuando en el siglo XIX es rebautizada con el nombre del General Margallo. Tampoco cuando, desde el siglo XVI, la calle es Camino Real, como rectificación de la Vía de la Plata, consideración que ha mantenido hasta hace unos pocos años formando parte de la carretera Nacional 630.

① Los artesanos se instalan en una zona periférica en el que apenas se adivinan indicios de una ocupación precedente. El terreno, completamente desocupado cae en suave pendiente hacia el río hasta

un punto en el que longitudinalmente, en paralelo al Guadiana, la inclinación es más acentuada, único indicio que delata la traza de la muralla romana, completamente arruinada y soterrada, pero que, a modo de bancal, determina los límites de los corrales traseros de las viviendas de Morería y el punto de partida del barrio adosado de las Tenerías.

En lo relativo a la actividad artesanal y su desarrollo en el transcurso de la época Moderna remitimos al artículo "Las producciones alfareras alentejano-extremeñas durante el Antiguo Régimen", concretamente al apartado dedicado al centro alfarero de Mérida en la revista del Consorcio, *Mérida: Ciudad y Patrimonio*.

Pero volvamos al proceso ocupacional de la cabecera del solar y a los planos que de forma diacrónica plasman la evolución de la manzana romana (II) que nos sirve de referencia en este trabajo.

El extremo septentrional de Morería, que había servido de zona de enterramientos hasta producirse la reconquista (y a caso mantuviese esa función un tiempo indeterminado después) continuó sin ser edificado durante la Baja Edad Media. El arrabal mudéjar guardó una distancia prudencial con aquél. Pero a comienzos del siglo XVI, con la expansión de Mérida, el municipio decide aprovechar este espacio libre para guardar los ganados, creando en 1503 lo que a partir de entonces se conocería como

"corral del Concejo" que, sin ningún tipo de prejuicio, se instala "donde solía ser el osario de los moros" como recoge el siguiente documento del Libro de Acuerdos (30 de Diciembre de 1503. Fol. 20 r, Libro de Acuerdos 1503-1520):

"En este día los señores ordenaron e mandaron que por quanto al corral que está en lugar donde haze perjuyzio así a los ganados que en él se encierra como a las dehesas y panes y huertas que estan en el lugar que está, lo mandamos mudar de ally a donde solya se el onsaryo de los Moros (...)."

En el plano de la localidad realizado a instancia de Rafael Pulido (1878) (Fig. 12) puede verse cómo el corral del concejo continuó prestando sus servicios hasta el siglo pasado. A finales de la misma centuria se ocupan los terrenos con la instalación del matadero municipal, edificio que quedó paulatinamente en desuso con la creación del nuevo matadero de Mérida, proyecto que, junto al del Plan Badajoz, abanderó la política desarrollista de la etapa franquista en Extremadura.

Respecto al resto de Morería, la próspera actividad artesanal que caracterizó al siglo XVI no escapa a la crisis del siglo XVII a causa de circunstancias diversas como la expulsión de los moriscos, la guerra con Portugal, la crisis económica generalizada, etc. En el siglo siguiente, tras superar las consecuencias de la Guerra de Sucesión que afectó a las localidades próximas a Portugal asistimos a una lenta recuperación bruscamente interrumpida por la invasión francesa. Durante el sitio de Mérida las casas de Morería sufrieron los mayores destrozos a cargo de la artillería francesa emplazada en "la Isla". Algunos proyectiles o fragmentos de éstos han aparecido en el subsuelo de los corrales (en el cañoneo utilizaron granadas huecas, las más grandes, y otras macizas de tamaño inferior).

A lo largo de la etapa Contemporánea Morería ha mantenido su identidad periférica de vocación mayoritariamente agropecuaria y de extracción social humilde. Las casas, muchas de ellas hereda-

das de la etapa Moderna, están construidas en tapial sobre zócalo de mampostería con los paramentos protegidos por rebocos o encalados. En planta responden a un esquema reiterativo basado en tres o cuatro habitaciones en profundidad a las que se accede mediante un pasillo lateral que comunica con la calle y, en sentido opuesto, con el corral. En el cuerpo superior disponen de altillo, transformado en algunos casos en una segunda planta habitable. Únicamente poseen iluminación directa la habitación del fondo y la de fachada, generalmente destinadas indistintamente a cocina en cuyo alzado despunta la chimenea. En el corral trasero, de piso empedrado por regla general, se sitúa la cuadra y los cobertizos destinados a la leña, los aperos de labranza, animales de cría y el pozo séptico (Fig.13).

El barrio colindante de las Tenerías acentuaba ese mismo carácter socio-económico con tintes de marginalidad. Junto a familias de pescadores ribereños, molineros y jornaleros se ubicaban algunos burdeles que, a mediados de siglo, servirán de excusa para derruirlo y trazar en su lugar la actual avenida del Guadiana.

La totalidad de las viviendas que se extendían por el flanco oeste de la calle Morería fueron derribadas en 1990 para levantar en su lugar un edificio administrativo de la Junta de Extremadura. El proyecto arquitectónico, obra de D. Juan Navarro Baldeweg, fue diseñado evocando las trazas del plano de fachada de la alcazaba islámica y, en planta, retranqueado y en paralelo a la línea de la muralla romana, en tanto que se organiza en dos cuerpos independientes para ser atravesado por la calzada romana de mayor longitud que mantiene su aspecto y función de calle. El edificio de las nuevas consejerías (Fig. 14) representa el extremo temporal de una secuencia inconclusa que plasma la evolución histórica de Mérida a lo largo de veinte siglos.

Desde que Mérida recuperase la condición de

capitalidad está experimentando un importante crecimiento urbanístico extensible a la recuperación simultánea de su patrimonio arqueológico. La Mérida actual, ejemplo de ciudad superpuesta, tiene el difícil reto de compaginar futuro y pasado rescatando progresivamente a la Emérita, Marida y Mérida que fue en otros tiempos y que permanece en el subsuelo.

Para la puesta en valor del área arqueológica de

Morería, en un futuro próximo, se pretende crear un centro de interpretación en el que se explique el urbanismo de la ciudad antigua y una aproximación a la vida cotidiana a partir del ámbito doméstico romano, visigodo, mozárabe, islámico, morisco, etc. Con este fin se elaborará un proyecto de musealización que preste atención prioritaria a los aspectos didácticos auxiliados por los últimos avances informáticos.

BIBLIOGRAFÍA

ALARÇAO, Jorge de: *Introdução ao estudo da casa romana*. Cadernos de Arqueologia e Arte, 4, Coimbra, Faculdade de Letras, 1985.

ALBA CALZADO, M.: "Morería en el pasado. Un proyecto arqueológico de futuro", *Revista Mérida*, n.º 67, 1995, pp. 83-86.

ABELLÁN PÉREZ, J.: "Del urbanismo musulmán al urbanismo cristiano", *La ciudad islámica*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 1991, pp. 189-202.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.: *Historia de la Baja Extremadura*. Cap. II: Época Romana, Tomo I, Badajoz, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, 1986, pp. 89-185.

ÁLVAREZ SÁENZ DE BURUAGA, J.: *Materiales para la historia de Mérida (de 1637 a 1936)*, Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 1994.

BENDALA GALÁN, M. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, J. M.: "Semblanza de Augusta Emerita", *Extremadura Arqueológica* IV, Mérida, Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura, 1995, pp. 179-190.

CABALLERO ZOREDA, L. y MATEOS CRUZ, P.: "Excavaciones en Sta. Eulalia de Mérida". *Extremadura Arqueológica* II pp. 525-546.

CABALLERO ZOREDA, L.: "Método para el análisis estratigráfico de construcciones históricas o "lectura de paramentos"", *Informes de la construcción*, n.º 435, CSIC, 1995, pp. 37-46.

CABALLERO ZOREDA, L.: "El último influjo clásico en la Lusitania extremeña. Pervivencia visigoda e innovación musulmana", *Cuadernos emeritenses*, n.º 10, Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 1995, pp. 187-217.

CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E.: "Los últimos romanos en Lusitania. Entre la tradición y el cambio", *Cuadernos emeritenses*, n.º 10, Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 1995, pp. 13-48.

CRUZ VILLALÓN, M.: *Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica*, Badajoz, 1985.

CRUZ VILLALÓN, M.: "Mérida entre Roma y el Islam. Nuevos documentos y reflexiones", *Cuadernos emeriten-*

ses, n.º 10, Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 1995, pp. 155-184.

ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J., y JIMÉNEZ APARICIO, E.: *Las tierras de Mérida antes de los romanos (Prehistoria de la comarca de Mérida)*, Mérida, Asamblea de Extremadura y Ayuntamiento de Mérida, 1989.

EPALZA, M.: "Espacios y sus funciones en la ciudad árabe", *La ciudad islámica*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 1991, pp. 9-30.

ESPINAR MORENO, M.: "Del urbanismo musulmán al urbanismo cristiano. II: Andalucía Oriental", *La ciudad islámica*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 1991, pp. 203-251.

HARRIS, E. C.: *Principios de Estratigrafía Arqueológica*, Barcelona, Edit. Crítica, 1991.

LLOBREGAT, E.: "De la ciudad visigótica a la ciudad islámica en el Este Peninsular", *La ciudad islámica*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 1991, pp. 159-188.

MATEOS CRUZ, P.: "Proyecto de Arqueología urbana de Mérida: desarrollo y primeros resultados", *Extremadura Arqueológica* IV, Mérida, Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura, 1995, pp. 191-215.

MATEOS CRUZ, P.: "La cristianización de la Lusitania (siglos IV-VII): Extremadura en época visigoda", *Extremadura Arqueológica* IV, Mérida, Consejería de Cultura y Patrimonio de la Junta de Extremadura, 1995, pp. 239-263.

MATEOS CRUZ, P.: "Arqueología de la Tardoantigüedad en Mérida: Estado de la cuestión", *Cuadernos emeritenses*, n.º 10, Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, 1995, pp. 127-152.

MORENO DE VARGAS, B.: *Historia de la ciudad de Mérida*, Mérida, Patronato de la Biblioteca Municipal, 1981, 3.ª edición (1.ª ed. 1633)

MOSQUERA MÜLLER, J. L.: "Excavaciones en el barrio emeritense de Morería", *Revista de Arqueología*, n.º 158, Junio 1994, pp. 42-49.

NAVARRO DEL CASTILLO, V.: *Historia de Mérida y pueblos de su comarca. Desde la Reconquista de la ciudad*

por las armas cristianas hasta nuestros días, Cáceres, Editora Extremeña, 1974.

PACHECO PANIAGUA, J. A.: *Extremadura en los geógrafos árabes*, Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 1991.

PARENTI, R.: "Historia, importancia y aplicaciones del método de lectura de paramentos", *Informes de la Construcción*, n.º 435, CSIC, 1995, pp. 19-29.

TERRÓN ALBARRÁN, M.: "Historia política de la Baja Extremadura en el período islámico", *Historia de la Baja*

Extremadura, Tomo I, Badajoz, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, 1986, pp. 285-556.

VALDÉS, F.: "Arqueología islámica en la Baja Extremadura", *Historia de Extremadura*, Cap. IV, Tomo I, Badajoz, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, 1986, pp. 559-599.

VALDÉS, F.: "El aljibe de la Alcazaba de Mérida y la política omeya en el occidente de Al-Andalus", *Extremadura Arqueológica V*, Mérida, Consejería de Cultura y Patrimonio, 1995, pp. 279-299.

EQUIPO TÉCNICO

Tras los sondeos pertinentes del solar en el año 90, se inicia la excavación sistemática que, desde el año 91 hasta el presente ha transcurrido por diferentes fases con algunos meses de paréntesis inactivo. En estos años el equipo técnico ha ido cambiando en función de las necesidades de la excavación y de otras circunstancias. La relación de arqueólogos que han estado vinculados al área arqueológica de Morería y su tiempo de dedicación a ésta es la siguiente:

José Luis Mosquera Müller (Arqueólogo de la Dirección General de Patrimonio, 34 meses. De éstos, 21 como director de excavaciones)

Juana Márquez (Arqueóloga del Consorcio de la Ciudad Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida, 10 meses).

Miguel Alba (50 meses, 13 como coordinador de los trabajos de campo y 22 como director de excavaciones).

Teresa Barrientos (16 meses).

Félix Palma (42 meses).

Mercedes Oliva (8 meses).

Hipólito Collado (29 meses).

Ana Bejarano (12 meses).

Miguel Hernández (8 meses).

Rocío Ayerbe (2 meses).

En la actualidad (Octubre, 1996), el equipo lo integran veinticinco miembros: cinco arqueólogos (Félix Palma, Hipólito Collado, Miguel Hernández, Rocío Ayerbe y Miguel Alba), un topógrafo (Javier Pacheco), dos dibujantes (Valentín Mateos y José A. Jiménez), un capataz (Félix Rodríguez) y dieciséis peones (Concha Fernández, Pedro Ruiz, José Acosta, Manuel Sánchez, Daniel Suárez, Adolfo Garrido, Pepe Ruiz, Julio Murillo, Paco Juárez, Félix Bueno, Tomás Gil, Moncho Rodríguez, Manuel González, Maximiliano Moreira, Emilio Contrera y Cirilo Carrasco. También está con nosotros Juan Amores).

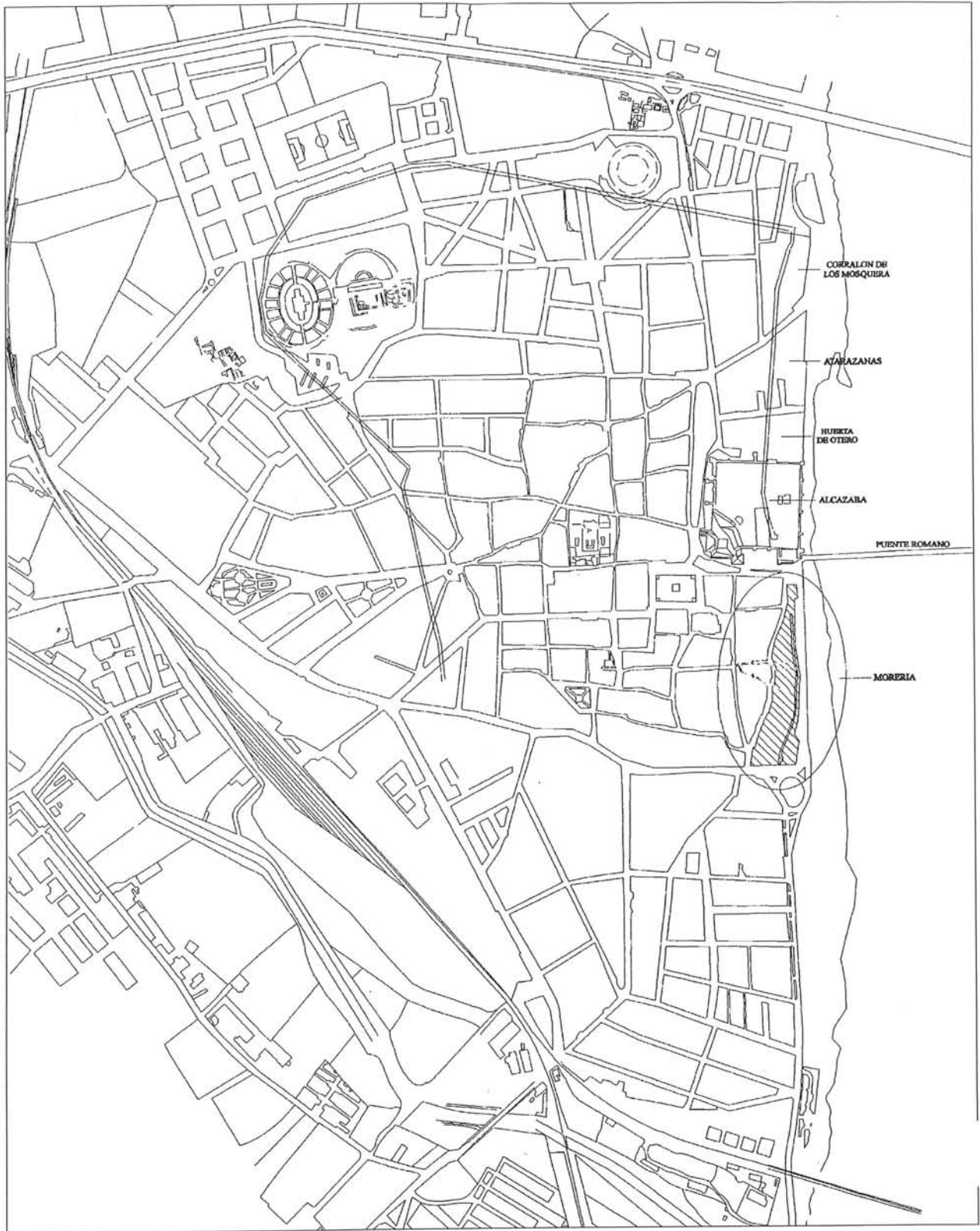


FIGURA 1
Mérida

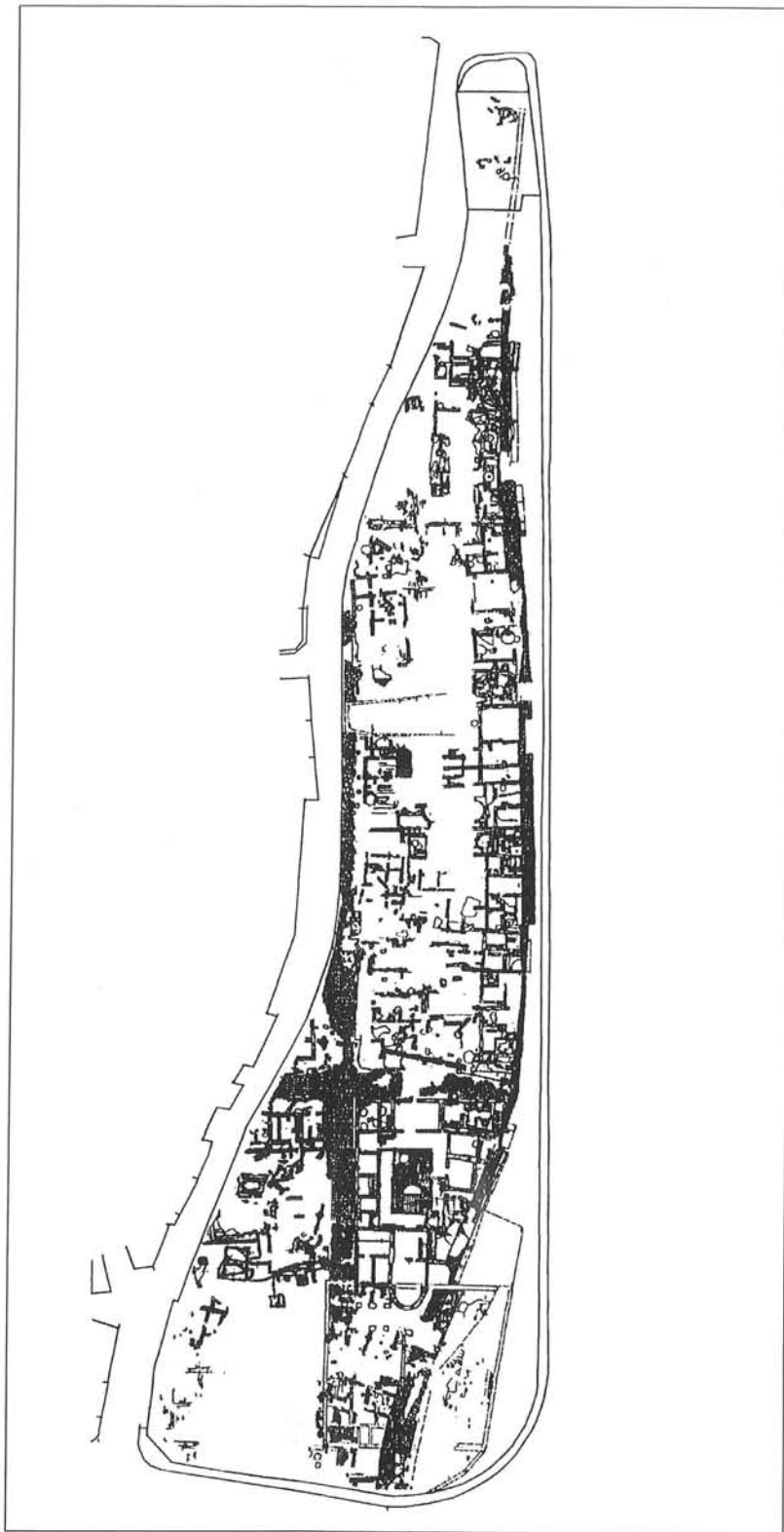


FIGURA 2
Zona arqueológica de Morería

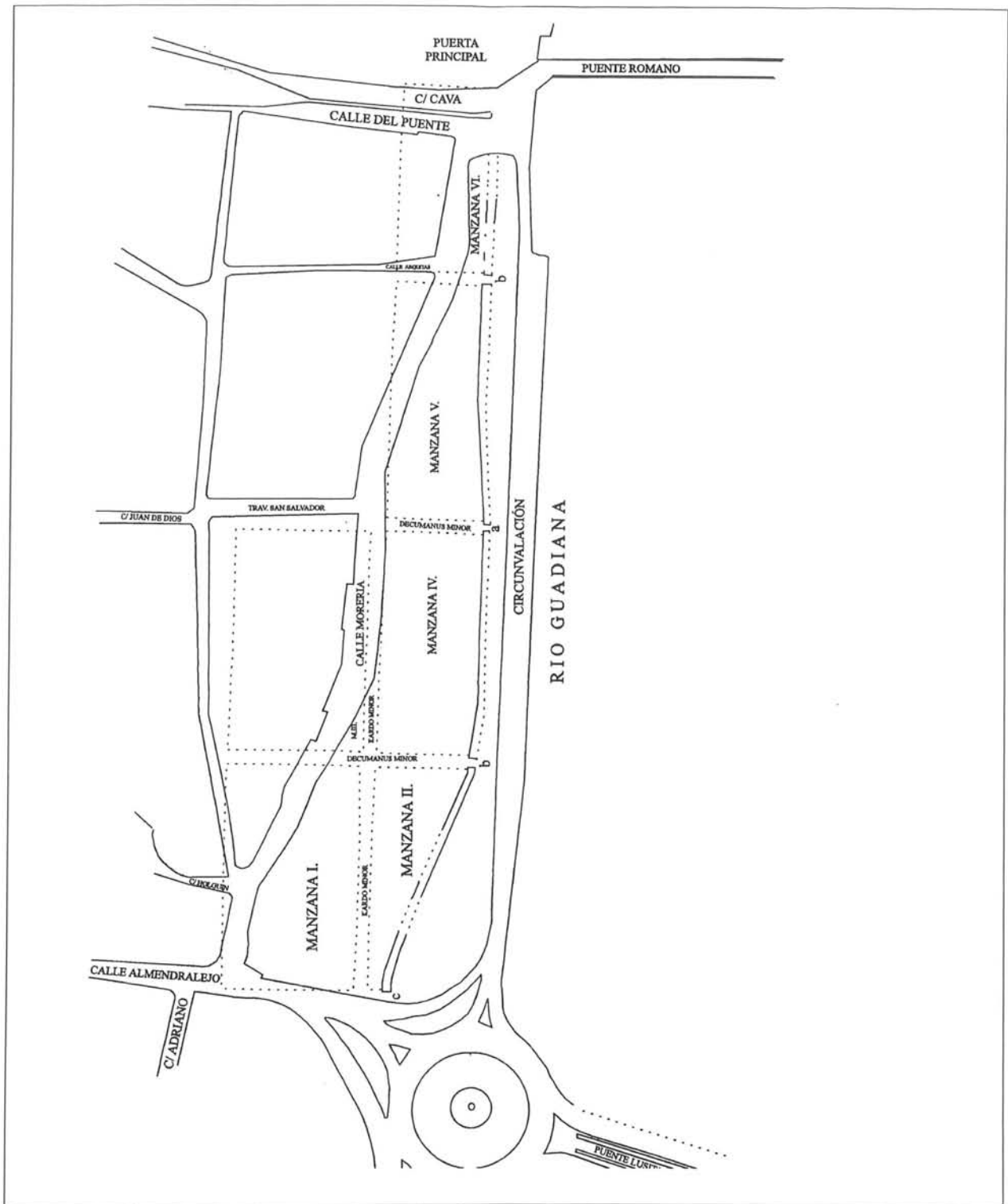


FIGURA 3
 Urbanismo actual con respecto al romano.
 (Parcelación de las manzanas romanas con líneas discontinuas)

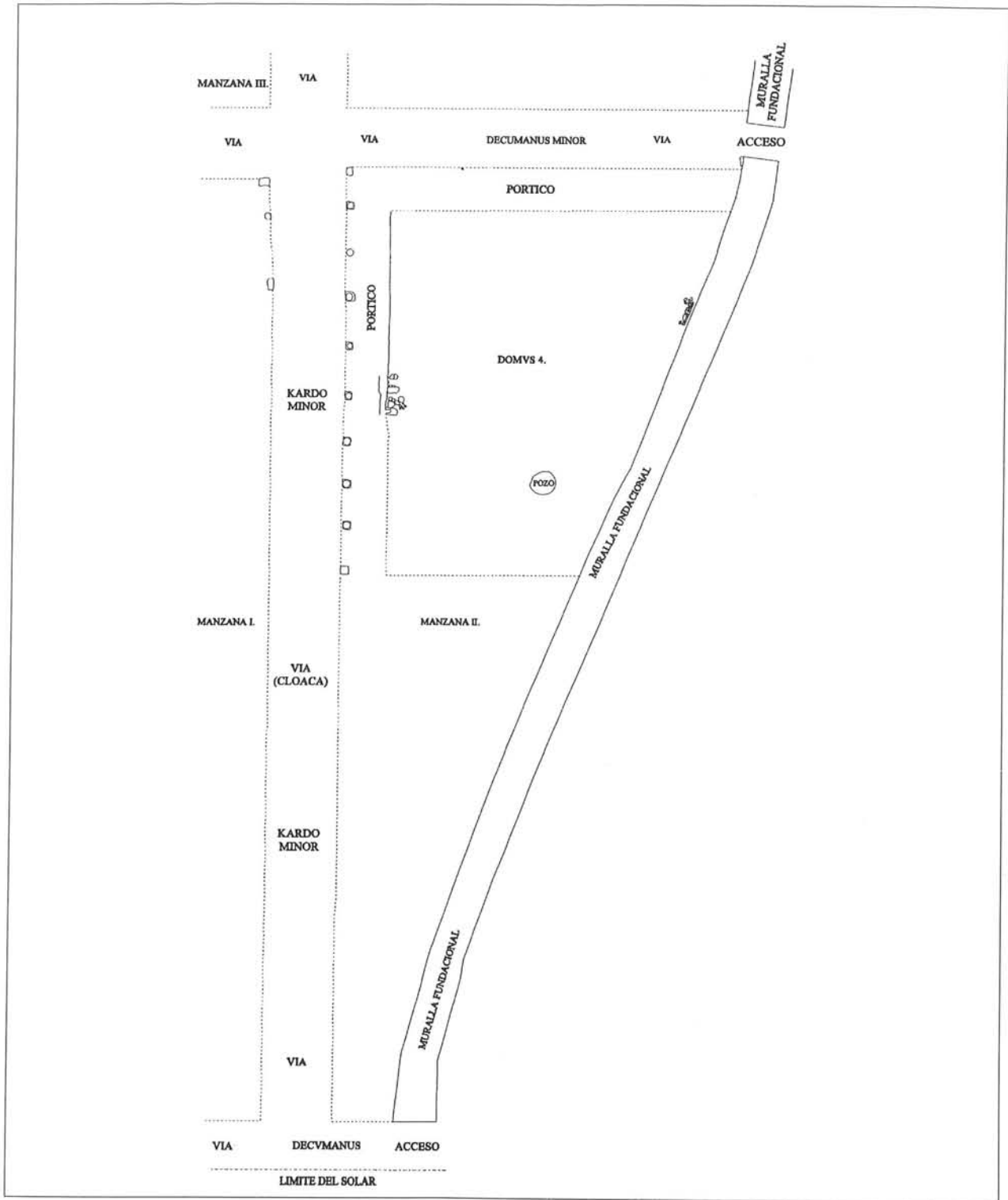


FIGURA 4
 Manzana II.
 Vivienda romana alto imperial.
 Fase primera.

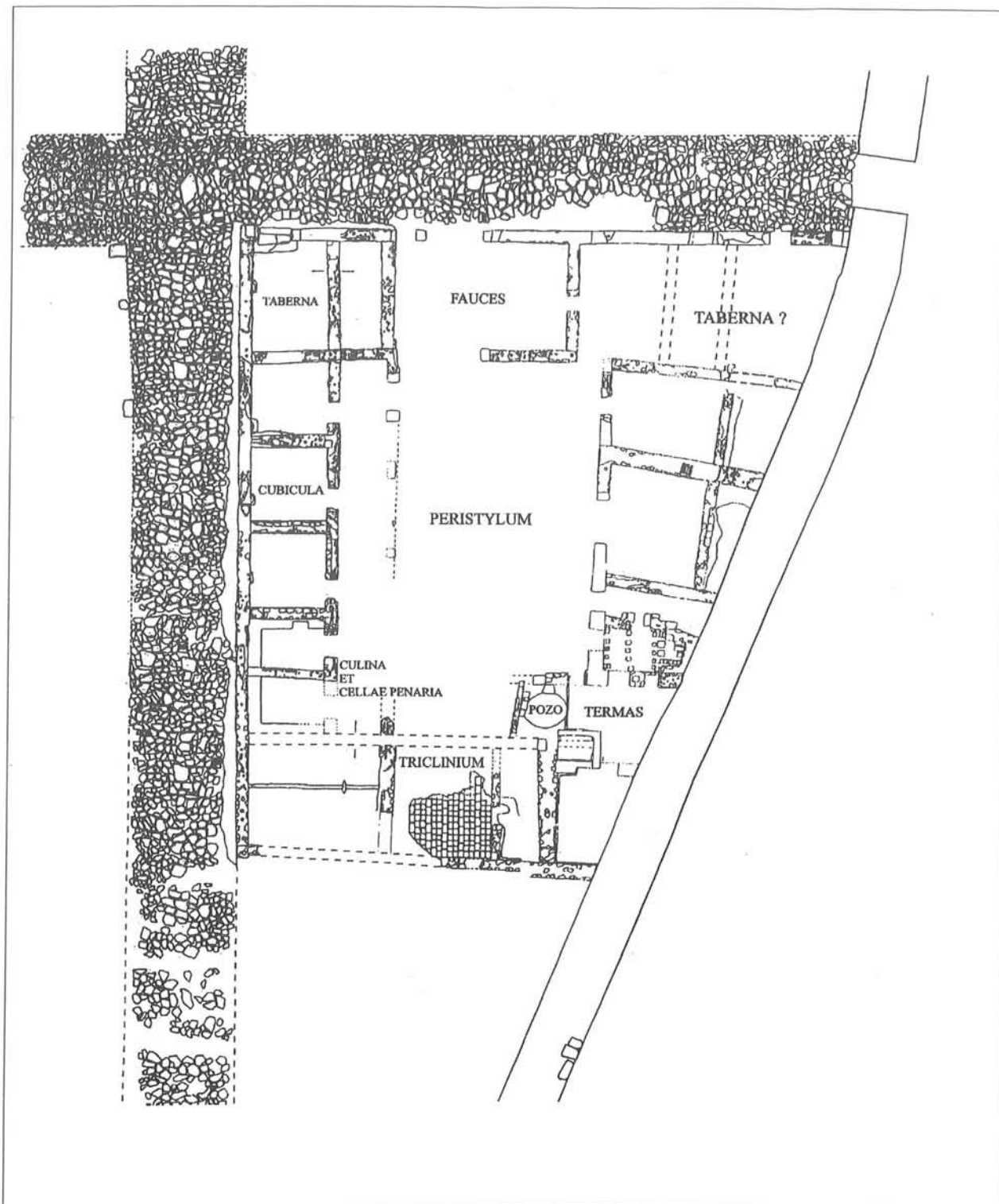


FIGURA 5
Detalle de la manzana II.
Vivienda romana alto imperial.
Fase segunda.

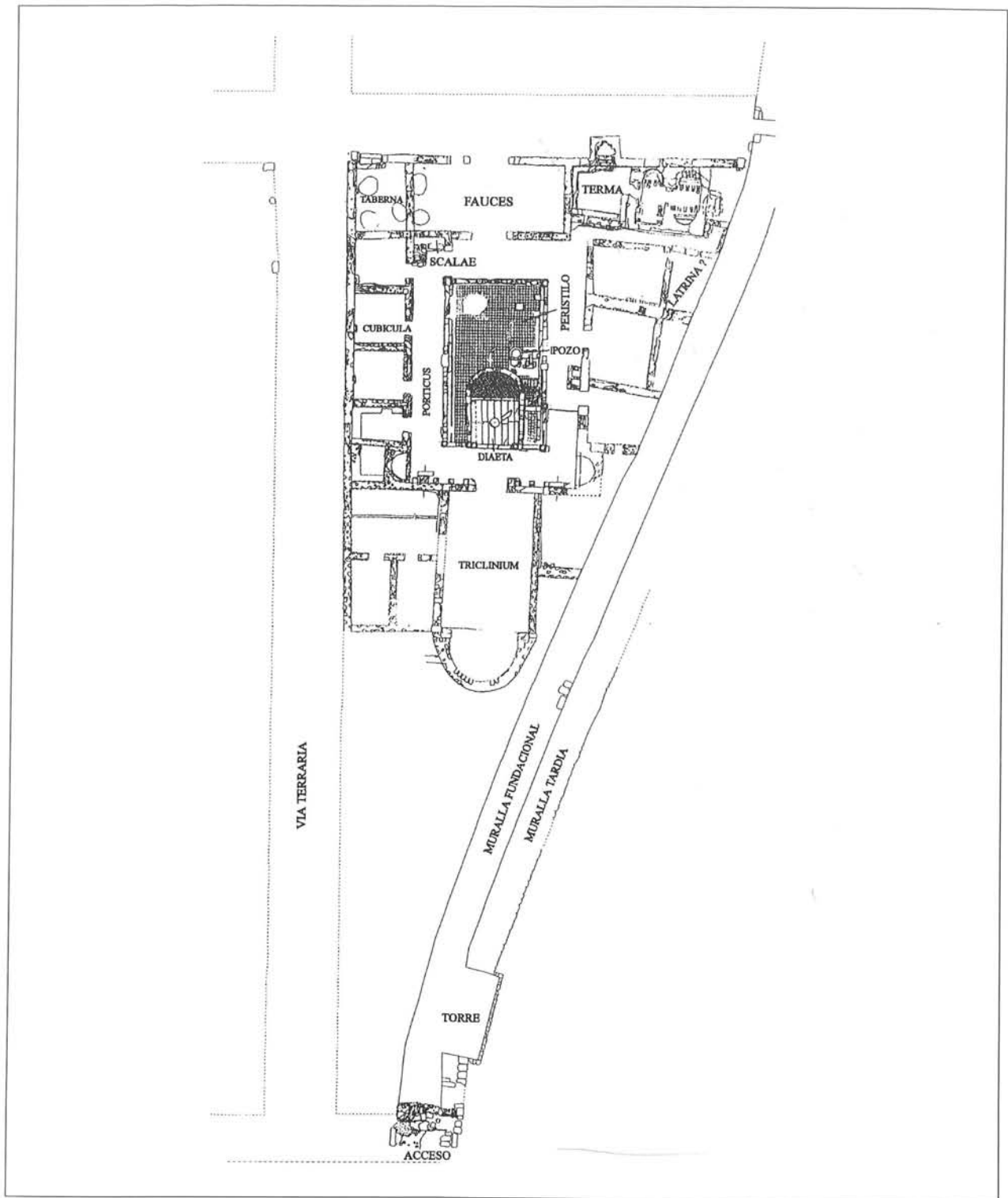


FIGURA 6
Manzana II.
Vivienda romana tardía.
Fase tercera.

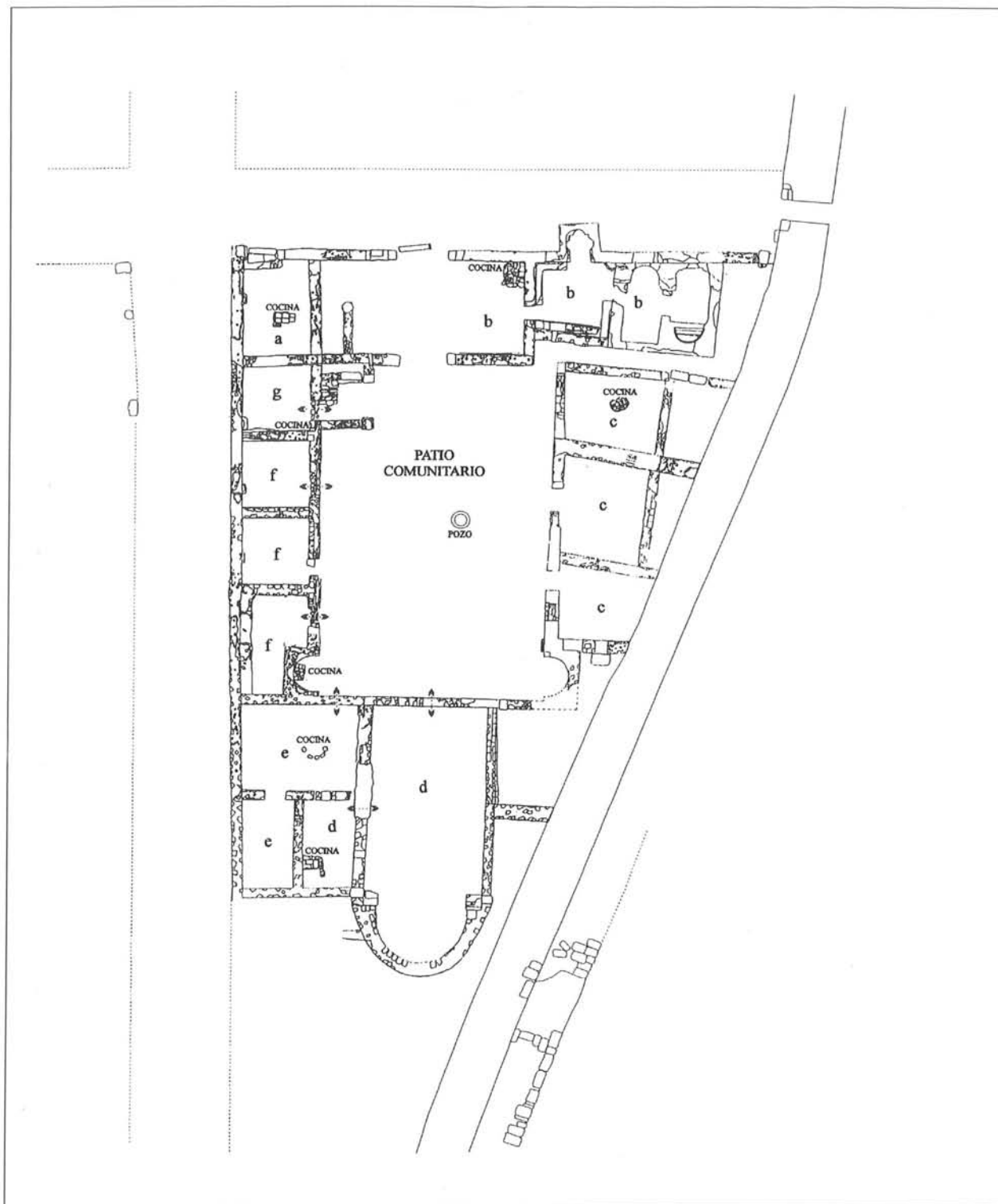


FIGURA 7
Viviendas de época visigoda.
Ejemplo de compartimentación de las casas romanas.
(Cada letra indica una vivienda)

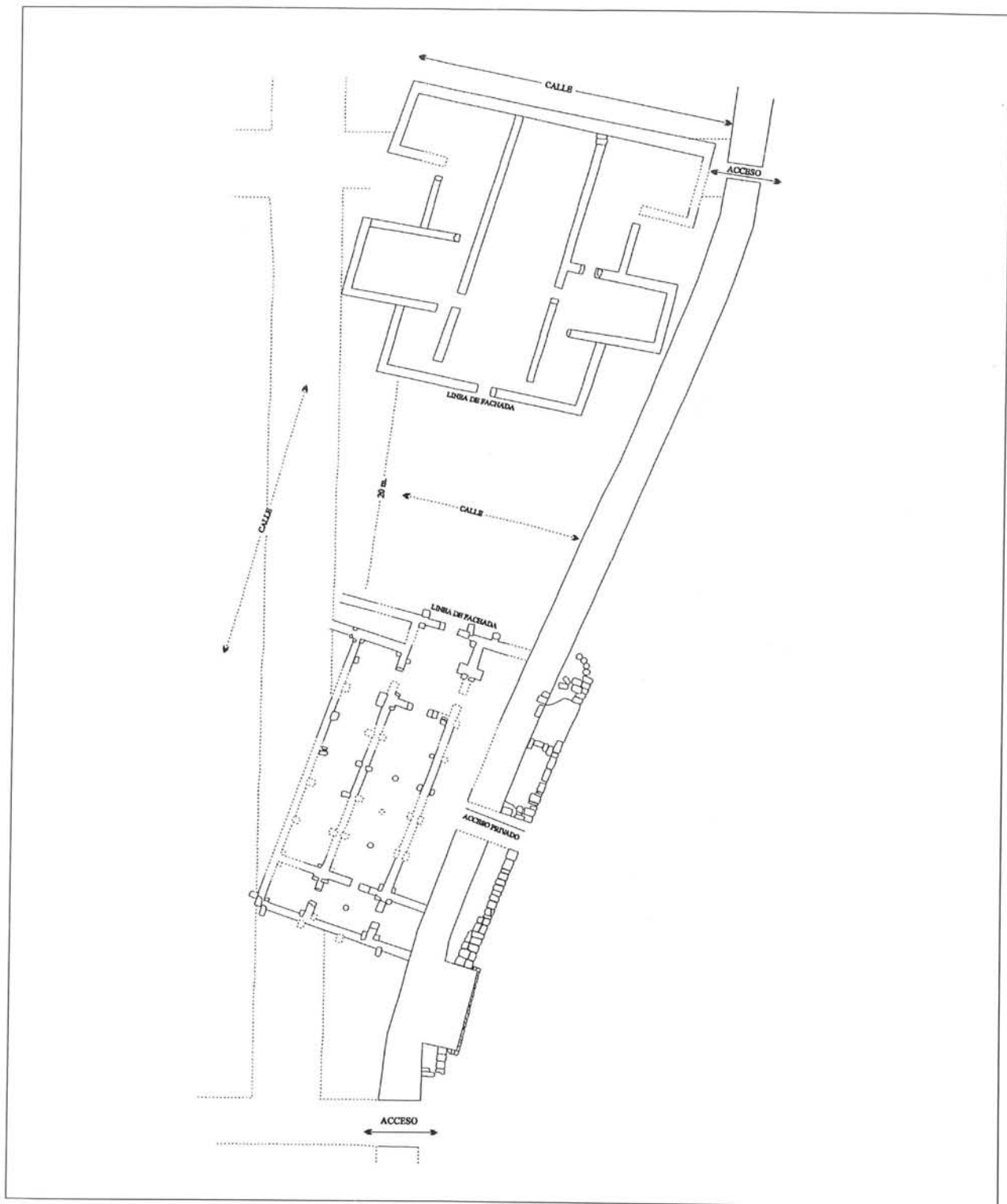


FIGURA 8
Reocupación de la manzana II.
Edificios mozárabes (o musulmanes).
Fase emiral s. IX

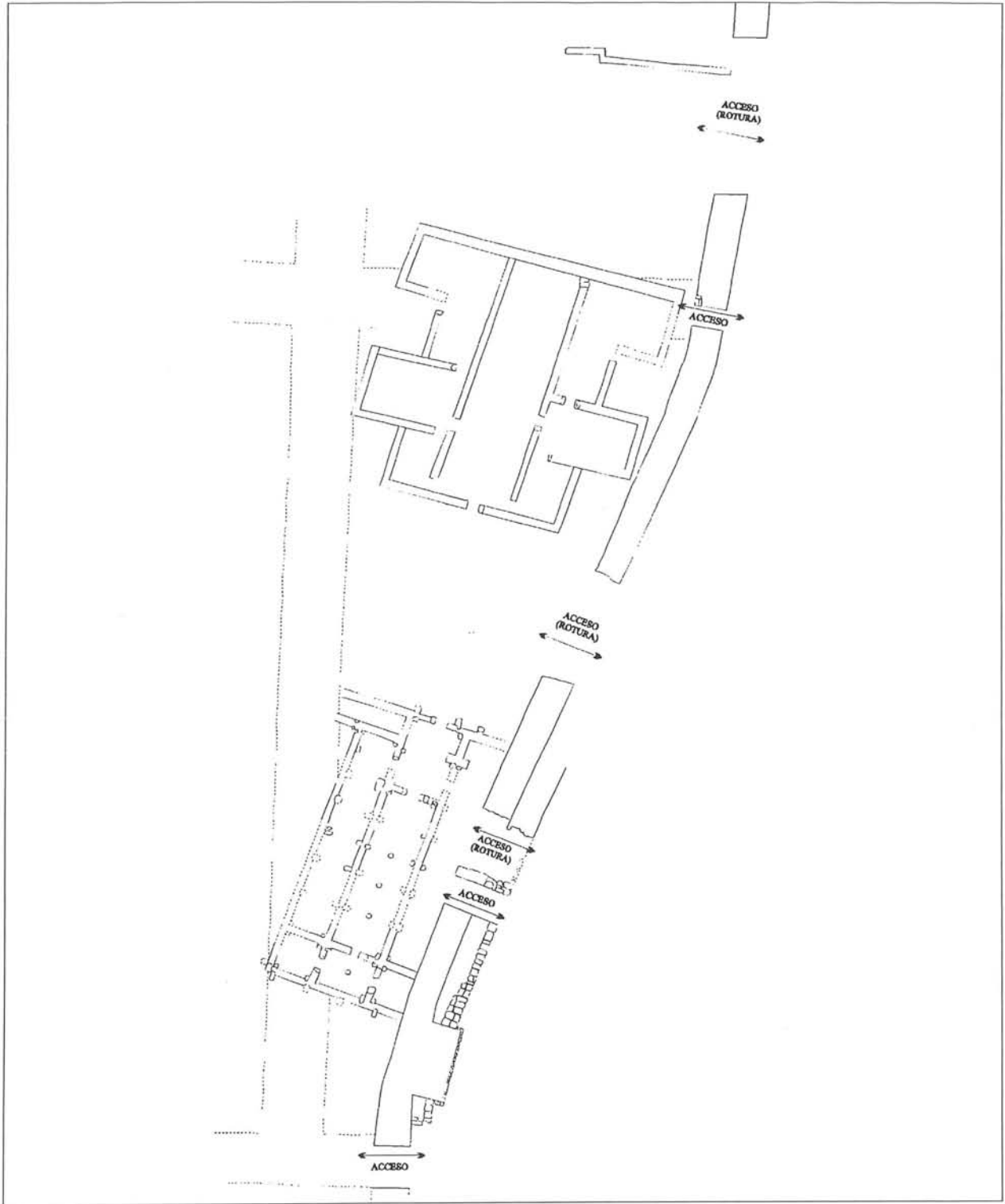


FIGURA 9
Cortes para inutilizar la muralla.
Fase emiral (s. IX).

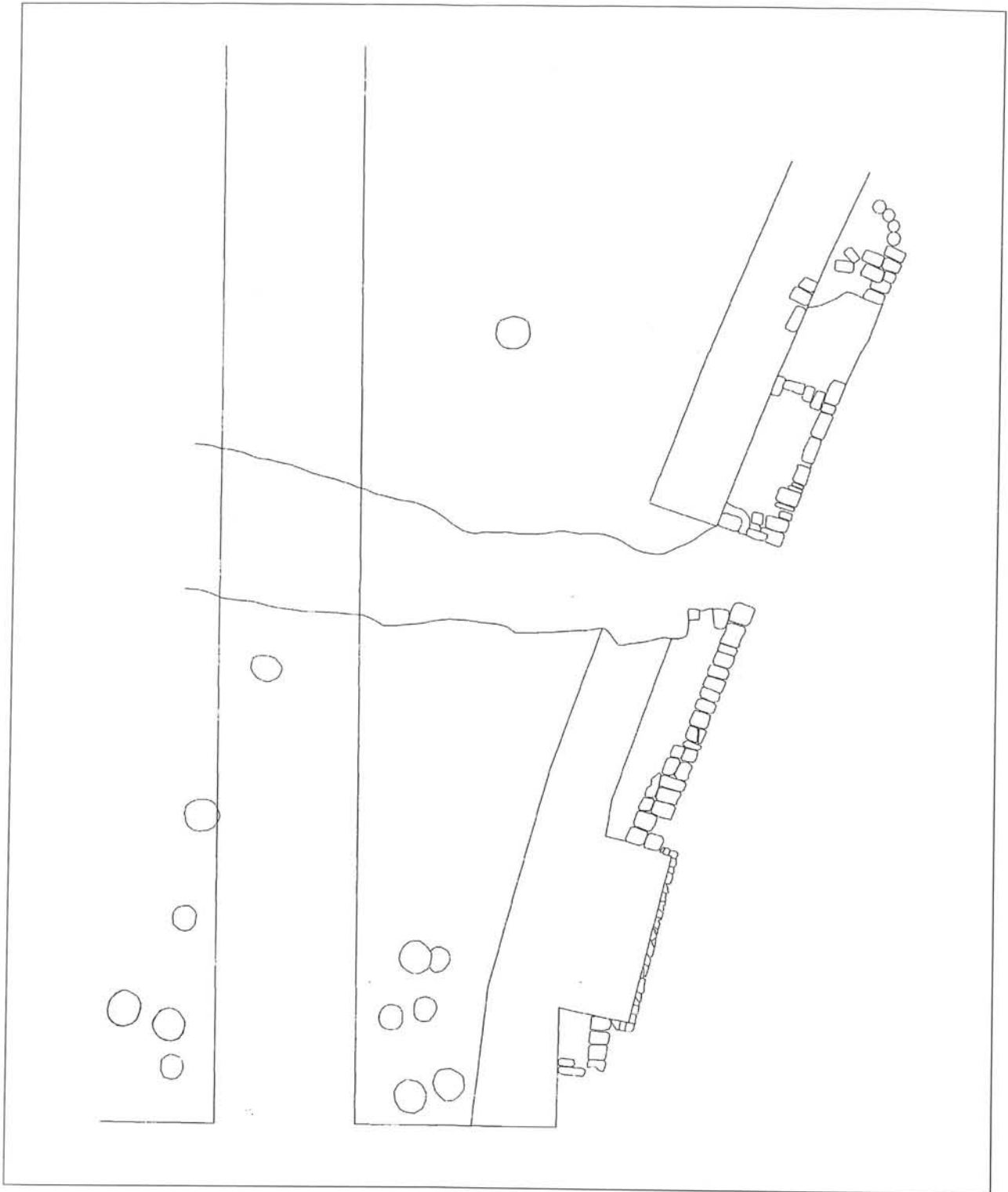


FIGURA 10
Fase musulmana de la manzana II.
Silos (s. X).
Zanja de acceso y desagüe (s. XI-XII).

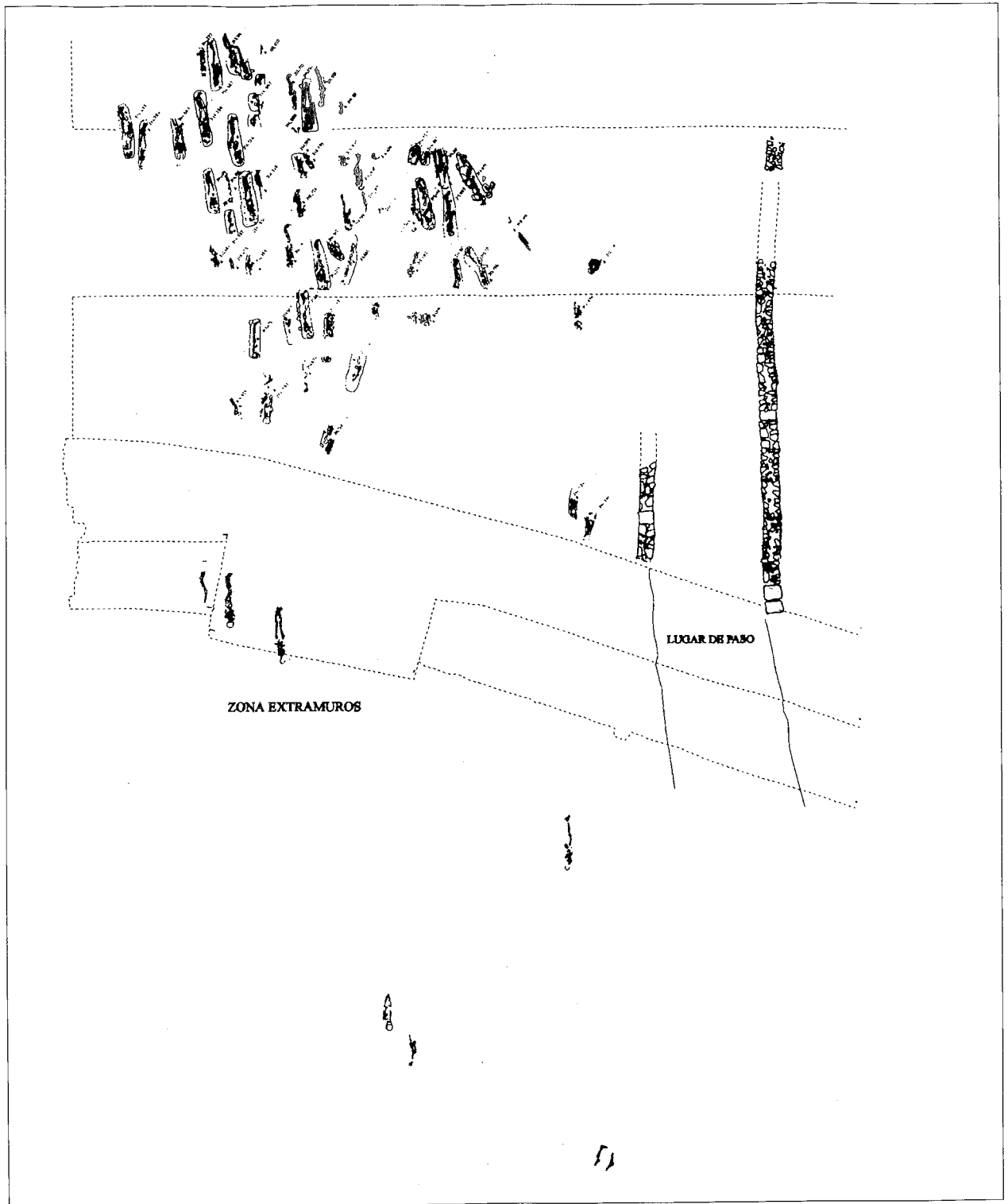


FIGURA 11
Detalle de la Maqbara (s. XII-XIII).
Arrasamiento completo de la muralla romana.



FIGURA 12
Manzana II.

Ocupada por el corral del concejo s. XVI-XIX.
(Plano de don Rafael Pulido. Mérida, s. XIX).



FIGURA 13
 Extremo del solar de Morería.
 Viviendas y Matadero Municipal (s. XX).

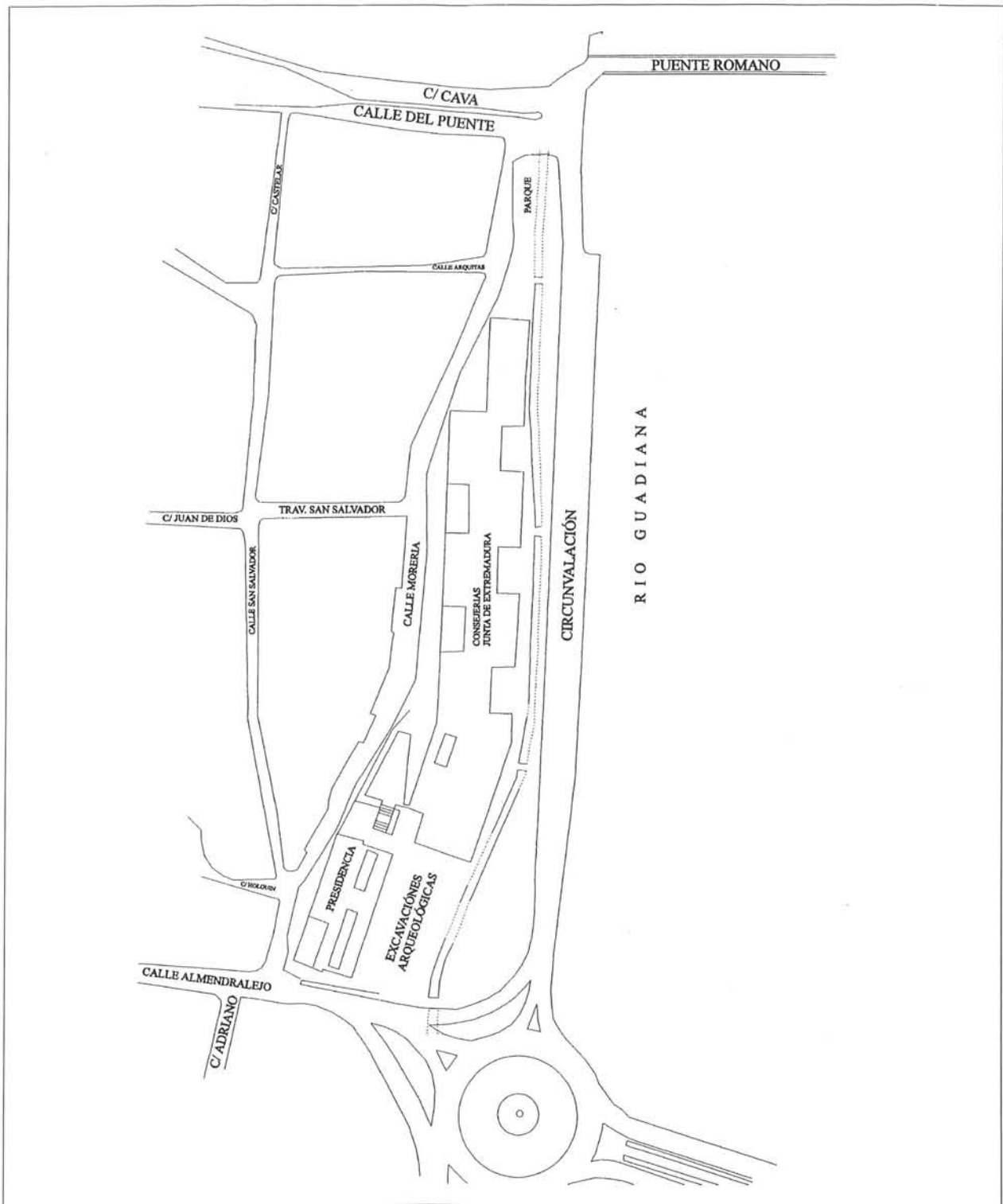


FIGURA 14
Morería en la actualidad